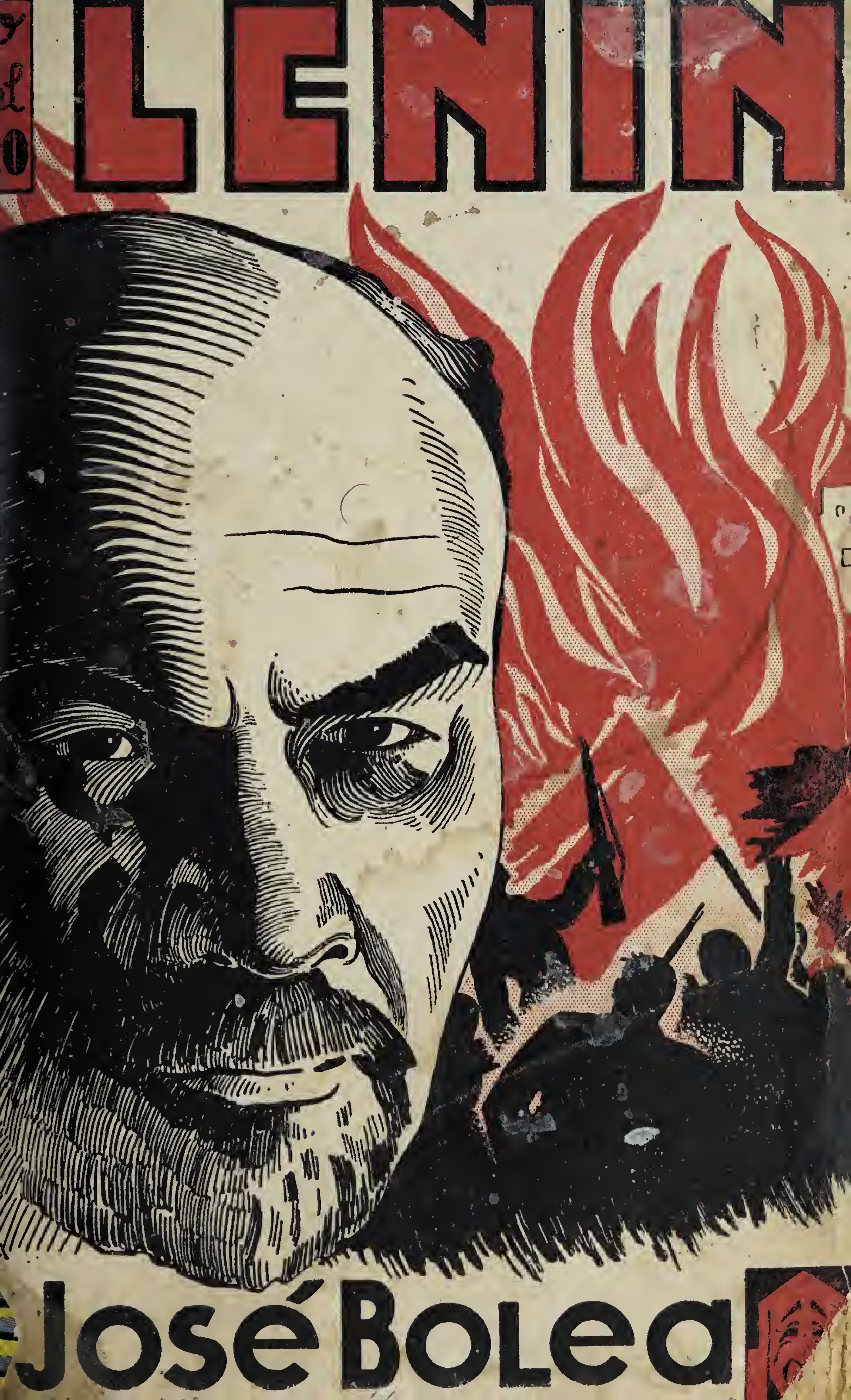

LENIN
José Bolea

atro del Pueblo

6 : Octubre, 1936

JOSÉ BOLEA

LENIN

3iografía escénica en un prólogo y
los partes, divididas: la primera en
res cuadros y la segunda en cuatro

EDICIONES BOREAL - BARCELONA

8

REPARTO

KRUPSKAIA	*M.ª del Carmen Pre*
MARIA ALEKSANDROVNA	*Micaela Casi*
ELENA	*Manolita M*
ANA	*Milagros Gui*
SONIA	*Paquita Ca*
MUJER 1.ª	*Mary Ca*
IDEM 2.ª	*Victoria A*
IDEM 3.ª	*Lolita*
IDEM 4.ª	*Lolita G*
LENIN	*Pedro C*
DZIERZYNSKI	*J. M.ª Linares*
TROTZKY	*Alberto*
ROVIO	*Fernando Ca*
VASIA MARKOWSKY	*Ricardo M*
KRYLENKO	*Isidoro Gu*
SMILGA	*Gregorio*
SACHENKA	*Isidoro Gu*
CONFIDENTE 1.º	*Joaquín Al*
IDEM 2.º	*Manuel Gon*
STALIN	*Modesto No*
SOLDADO 1.º	*Carlos P*
IDEM 2.º	*Manuel Gon*
IDEM 3.º	*Gregorio V*
IDEM 4.º	*Pedro Sa*
IDEM 5.º	*Felipe*
UN OBRERO	*Luis*
LUNATCHARSKY	*Joaquín Al*
OBRERO 2.º	*Pedro*
UN CHEKISTA	*Joaquín Al*
UNO	*Juan Ro*
OTRO	*Angel Fu*

Obreros, mujeres, soldados rojos, campesinos, pueblo

La primera representación de esta obra tuvo lugar el 29 de oct de 1932, en el Teatro Alkázar, de Valencia, interpretándola la pañía titular, de la que eran primeras actrices Carmen Nieto lar Martí y primeros actores Vicente Mauri y Abelardo Me

Biografía escénica en un prólogo y dos partes, divididas: la mera en tres cuadros y la segunda en cuatro

Estrenada el 11 de abril de 1936 en el Teatro Chueca, de Ma

EDICIÓN AUTORIZADA POR EL AUT

PRINTED IN SPAIN — IMPRENTA A. NÚÑ

PRÓLOGO

ción del Prólogo se desarrolla en el mes de marzo de 1887. *El*
rimero de dicho mes, aniversario del regicidio de 1881, *en que*
el zar Alejandro II, unos estudiantes, a la cabeza de los cua-
ı Alejandro Ilyich Ulyanov, fueron ssorprendidos por la policía
o se disponían a atentar contra la vida del zar Alejandro III.
milia Ulyanov se ha trasladado a Petersburgo para gestionar
lulto de su primogénito, y se ha instalado en un piso muy
sto. Está muy reciente la muerte del padre Ilya Nicolayevich
ov, Inspector de Primera Enseñanza de la provincia de Sim-
birsk, y todos visten de luto salvo Elena y Sonia.
inclinado. En el ángulo de la derecha una ventana a través
de la cual se ve caer la nieve.
ı al foro que comunica con la de la escalera. Otra puerta a
la izquierda.

ESCENA PRIMERA

(*Al levantarse el telón, están en escena VOLODIA —nombre familiar de LENIN y ELENA.*)

.—(*Desde la puerta.*) ¿Terminas?
.—Sí.
.—Has pasado la noche escribiendo.
.—No tenía otro modo de desahogar mi rabia.
.—¿Todavía ese manifiesto fantástico que no ha de publicar-
nunca?
.—Lo he escrito para rasgarlo, como tantas veces; pero algún
ía lo escribiré para que llegue a todas las manos y sea la
emilla de la rebeldía. Lo terminé hace rato. Ya está en la
apelera hecho mil pedazos. Ahora escribía a Simbirsk, a mi
ermana María.
.—¿Qué le dices?
.—¡Qué voy a decirle! Todo. Toma... lee... Lee en voz alta...,
ue yo lo oiga... por si hay algo que sea demasiado duro.
.—(*Leyendo.*) «Las cosas no van bien. Ana ha sido libertada
on la condición de que antes de ocho días se traslade a Ka-
ın. De Alejandro, nuestro pobre hermano, no sabemos nada.
tienen incomunicado. No dormimos, no comemos, nuestra
da no es vida. Ana está buscando recomendaciones desde que
naneció. Sospecho que todo será inútil. Nuestra madre ha
o hoy a la fortaleza de Schluselburg para suplicar que la de-
n ver a su hijo. No quieren que yo salga de casa porque
men que me detenga la policía. Yo sabía que Alejandro prre-
ıraba el atentado, pero sabía también que sería inútil todo

cuanto hiciese por evitarlo. En torno nuestro hay un espantoso. Solamente Elena, que es un ángel, está a n lado.» (*A Volodia.*) ¿Podía yo dejaros ahora?

LENIN.—(*Tomándole la mano, que besa y conserva entre l yas.*) Eres muy dulce, Elena; acaso demasiado dulce.

ELENA.—¿Por qué dices eso? ¿Es que ya no me quieres?

LENIN.—Sí; te quiero. ¡Cómo no quererte!... Mereces todo riño y toda mi gratitud. Pero eres tan ideal que parec sueño irrealizable.

ELENA.—Pues ya ves qué cerca me tienes y cómo te quie también.

LENIN.—Es verdad; lo mejor de nuestra vida es nuestro cari

ELENA.—No debías contar a tu hermana todo cuanto sucede

LENIN.—No me gusta mentir. Además, se enteraría por los dicos. Es mejor que lo sepa por nosotros mismos.

ESCENA II

(*Dichos; SONIA, vieja aldeana recogida años antes p Ulyanov, a quienes sirve ahora. Viste típicamente, pe colores operetescos.*)

SONIA.—Ya está limpio aquello. He encendido un fuego mag y está preparado el samovar.

ELENA.—Vamos, Volodia.

LENIN.—Hemos hecho mal dejando que Ana saliese. El vien vanta la nieve y lo azota todo.

SONIA.—Ana habrá tomado una troika.

ELENA.—Es necesario que alguien se interese por Alejandro..

LENIN.—Pero soy yo quien tiene el deber de ir en busca d alguien...

ELENA.—Tú no. Se ha dicho a todos que has quedado en Sim Si te detuvieran ¿quién velaría en adelante por los de

LENIN.—Ana es una mujer admirable, ¿no es verdad, Elena

ELENA.—Sí, Volodia. Una mujer que sabe defenderse y qu arrostra todo.

LENIN.—(*Casi desfallecido.*) Una mujer de mañana.

ELENA.—Estás muy débil. Debías haber dormido. Vamos jun fuego.

LENIN.—Llévame donde quieras. Deja que me coja de tu b Parece como si tuviese miedo de que algo nos separe. que lo de Alejandro es causa perdida.

(*Mutis con Elena.*)

ESCENA III

SONIA; *después,* ANA

SONIA.—Cuando hay peligro todo es apretarse unos contra c como si así no pudiera ocurrir nada. Y es cuando ocu En fin tenía que ser. (*Sacude las sillas, limpia el polvo la mesa y se detiene ante el reloj, que está parado.*) Otra parado. Así está todo en este desdichado país. Debe ser

diodía. Y, después de todo, ¿qué más da? (*Vuelve a cerrar la caja del reloj, dejándolo parado como estaba. Se detiene a escuchar y se aproxima a la ventana.*) Me había parecido una troika. (*Sacude otra vez y, a poco, suena una campanilla con insistencia.*) ¡Voy! (*Mutis y vuelve precediendo a ANA.*) ¡Vendrá usted fatigadísima!

.—(*En efecto, llega totalmente agotada. Sus ropas están cubiertas de nieve. Se deja caer en un sillón y se quita el gorro de pieles.*) ¡Esa escalera... esas calles... la nieve!...

IA.—Este año se prolonga el invierno.

.—¿No ha venido madre?

IA.—Todavía no.

.—¿A qué hora salió?

IA.—Amanecía.

—Son casi las doce... ¿Hay un poco de té?

IA.—Sí.

—¡Muy caliente!

IA.—Hace un momento lo preparé para su hermano.

—¿Está en su habitación?

IA.—Está en la cocina, junto al fuego. No ha querido acostarse.

—¿Elena también?

A.—También.

—¿Qué hacen?

A.—(*Mirando por la puerta de la izquierda hacia el interior.*) No hablan. Miran las llamas, añaden leña y no dicen nada, absolutamente nada. No se oye más que el fuego que va quemando los leños. El fuego... y el viento. Voy por el té.

(*Mutis. Ana se levanta, se quita el abrigo, se aproxima a la puerta por la que ha hecho mutis Sonia, vacila, retrocede, va hasta la mesa, toma de ella un periódico, comienza a leer con extrañeza que acentúa, se sienta, y, al terminar la lectura, esconde la cabeza entre los brazos, ahogando un sollozo. Vuelve Sonia.*)

A.—¡Ana!... ¡No debe llorar!... ¡Ha de ser usted quien dé fuerzas a todos, a Volodia, a su madre...! ¡Si la ven así!...

—¡Es que no puedo más! Este periódico ¿por qué lo habéis dejado aquí?

A.—Lo compró Volodia en la estación, cuando vinimos.

—¿Sabes lo que dice?

A.—No.

—¡Qué suerte la tuya! ¡No sabes leer! Dice: «Los asesinos, os a-se-si-nos»... ¡Esta palabra la tengo clavada en la frente! ¡Todos están vendidos al Zar!

A.—No lea más.

—Habla de Alejandro y azuza a esas fieras aconsejando que Siberia no es bastante castigo.

A.—¿Entonces?...

—¡Quién sabe! ¡Quizá la horca!

A.—¡No! ¿Es que nadie quiere ayudarle?

—¡Nadie! ¡He encontrado cerradas todas las puertas!

A.—¿Sus amigos?

—¡No hay amigos!

A.—¿Vuestros parientes?

—¡No me han querido reconocer! He ido de casa en casa. Unos no me han recibido. Otros me han insultado. Ahora, al

subir, una vecina y el portero me han negado el saludo he oído zumbar en el aire la palabra *asesino*. Ya ves: ha esos desgraciados que no deben al zar más que su miseria, defienden. ¡Todos son iguales!

ESCENA IV

Dichas; Elena

Elena.—Todos, no.
Ana.—Tienes razón. Todos, no. Tú, no. Sonia, tampoco. Si no ra por Sonia y por ti ¿qué sería de nosotros? Tú te cas con Volodia, serás una hermana para mí.
Elena.—Estás muy fatigada. Bebe un poco. Te reanimará. ¡Ti frías las manos! Anda, bebe. ¿Te sientes mejor?
Sonia.—Sí, se siente mejor, ¿verdad?
Ana.—Sí.
Elena.—Debías acostarte.
Sonia.—¿Quiere que le prepare la cama?
Ana.—No, no podría descansar. Vería desfilar ante mí, como pesadilla, a todos esos miserables, llenos de cobardía, que humillan ante el poderoso y pisotean al desvalido. ¡Infam ¡Infames!
Elena.—¡Calla! ¡El!

(*Aparece en la puerta VOLODIA, intensamente páli pero con una expresión de eergía que contrasta con anterior abatimiento.*)

ESCENA V

Dichas; Lenin

Lenin.—¡Hermana!
Ana.—¡Volodia!
Lenin.—Os he oído. Veo que no hay salvación. Si piensan ahor a Alejandro, le ahorcarán. Las súplicas no sirven más para hacer perder la dignidad al que suplica. En el mu la victoria no es nunca del mejor sino del más fuerte. jandro se equivocó. El no era el más fuerte, sino el más bil. Por eso le vencieron.
Elena.—Fué una desgracia.
Lenin.—Era forzoso que le venciesen. Se empeñó en cortar tallo dejando las raíces. Es preciso arrancar las raíces, p que el tallo muera de muerte natural.
Elena.—¿Qué quieres decir?
Lenin.—El hombre ruso vive bajo el látigo. Es necesario ense al esclavo a romper sus cadenas.
Ana.—¡No grites, Volodia! Pueden oírte.
Lenin.—¿Qué tienes, Ana? ¡Estás como muerta!
Ana.—He sentido una angustia infinita, como si se abriese b mis pies un abismo. ¿Es verdad que hay espíritus junto nosotros y que cuando va a sucedernos algo nos previen
Lenin.—No.

—Sí, los hay. Yo los he visto.
Anoche dijo madre que había sentido durante su sueño
ia extraña sacudida, como si alguien hubiese intentado des-
rtarla para hacerla velar sobre algo que estuviera en pe-
;ro.
—¿Alejandro?
Cuando madre ha sentido miedo, sin saber por qué, ha pen-
do siempre en Alejandro.
—¿Por qué la hemos dejado salir sola?
—Tú no podías ir con ella. Te habrían detenido. El verdugo
dice nunca ¡basta!
—Es cierto. ¡Nunca! Tiene hambre de vida: su brazo no
detendría jamás... ¡Jamás!... Pero el verdugo es la mano
ie ejecuta. Hay alguien más cruel, que es el que manda.
—¡El Zar!
—Sí, el Zar.
Por eso Alejandro quiso matarle.
—Por eso. A veces una muerte se hace más que por odio,
r amor. Se odia al que se mata, pero se ama mucho a
dos esos pobres que únicamente así logran salvarse, porque
taban destinados a ser carne de horca. El odio tiene su hora.
amor tiene toda la eternidad. Si Alejandro muriera sería
mártir que perecería en defensa de esa humanidad mi-
rable y envilecida que ve impasible cómo arden sus caba-
is, cómo mueren de hambre sus hijos y cómo se prostituyen
s hijas, para satisfacción de ese que todo lo puede y que
ce que ha recibido su poder de Dios.
—¡Vola! ¡Volodia! ¡Tengo miedo por ti!
—¿Miedo tú, Elena?... ¿Qué ha podido ocurrirte?... ¿No
es la misma de ayer, la de siempre, fuerte, arriesgada, in-
paz de dejarte vencer?... ¿Qué es lo que te ha hecho cam-
ar? Tú ya no me quieres como me querías.
—¡Más que a mi vida!
—¿Entonces?
—Es que siento que tu vida te aparta poco a poco de mí.
o es bastante amar. Está por medio el deber y cuando el
eber nos reclama es necesario obedecer ciegamente.
—¿Y cuál es mi deber?
—Ser el brazo de la justicia.
—¡Pscht!... ¡He oído pasos en la escalera!
-Quizá sea la policía. Nos vigilan constantemente. Temen
ie se prepare un nuevo atentado.
—¡Abren la puerta!
—Debe ser madre.

ESCENA VI

Dichos; MARÍA ALEKSANDROVNA

—¡Hijos!... ¡Hijos de mi alma!...
—¡Madre!...
-¡Madre!...
—¿Qué? ¿Qué ha sido?
—¡Alejandro!... ¡Mi pobre Alejandro!...
—¿Condenado a muerte?...

MARÍA.—¡ ¡Muerto ! !...
LENIN.—¡ ¿Muerto? !
ANA.—¡ ¿Muerto? !
ELENA.—¡ ¿Es posible? !
MARÍA.—¡ Muerto, sí; muerto !... ¡ Esta mañana ! ¡ ¡ Ahorcado
LENIN.—¡ ¿Ahorcado? !
ANA.—¡ No, madre; eso no puede ser !
ELENA.—¡ Bandidos !
MARÍA.—Lo he visto yo. Ha sido delante de mí, bárbaram para que los dos sufriésemos más.
LENIN.—Dame el abrigo, Sonia. ¡ Yo quiero verle!
MARÍA.—¡ Quieto !... ¡ No !... ¡ No quiero que vayas !... ¡ No te tes de mí !... ¡ Ya no me quedas más que tú !... ¡ Tú, mío !... ¡ Tú ! ¡ Tú, mi único tesoro !... Y ya no podré sino para ti. Más sacrificios, no; no podría. No quiero. oyes?... ¡ No quiero !... ¡ No quiero !... No, hijo, no. ¡ Júr lo, júrame que no irás, júrame que vivirás para mí. ¡ Tú tú no, tú no !... ¡ No, no, no !

(Lo besa, lo abraza, lo estruja contra su pecho, llor bre él, enloquece de pena y de dolor.)

ANA.—No irá, madre; no irá. ¡ Dile que no irás!
ELENA.—Sí, díselo.
LENIN.—No iré; tenéis razón; no iré. Yo no debo sacrifica inútilmente. Mataría al Zar y al instante habría otro en puesto. Mi vida no me pertenece. No puedo arriesgarla en atentado infructuoso.
MARÍA.—*(Lo besa, acaricia su cabeza y cae casi desfallecida brazos de Ana y de Elena.)* ¡ No puedo más !... No pu más !...
LENIN.—No llores, madre; no llores. ¡ Qué remedio ya !... Lleva junto al fuego. Recostadla en el diván.
MARÍA.—¡ Por ti vivo..., por ti..., por ti !

(Mutis acompañada de Ana, Sonia y Elena. Esta últ sólo medio mutis.)

ESCENA VII

ELENA *y* LENIN; *después,* MARÍA

LENIN.—Elena...
ELENA.—*(Abrazándose.)* ¡ Volodia !
LENIN.—¿Tú no has dudado nunca de mi cariño?
ELENA.—¡ Nunca !
LENIN.—¡ El amor que te tengo es grande como si toda la e nidad le diese vida !
ELENA.—¡ Como el mío !...
LENIN.—Pero es preciso que deje paso a mi odio, que es inme también como la eternidad.
ELENA.—¡ Volodia !...
LENIN.—¡ Es preciso, Elena !... Necesito todos los minutos de vida. Me elevaré unas veces, caeré otras. No puedo hace víctima conmigo.
ELENA.—¿Qué quieres decir con eso?

NIN.—Que es preciso esperar.
ENA.—¿Esperar o renunciar?
NIN.—Esperar solamente. Yo volveré a ti. Te llevo en el corazón y aunque quisiera no podría arrancarte de él. Pero, ahora, tú me lo has dicho hace un instante, casi sin darte cuenta; es preciso que yo sea libre para que nada me haga retroceder. Seré como la gota de agua que quebranta una peña y quebrantaré el mundo.
ENA.—Sí, Volodia; es preciso vengarle...
NIN.—Es preciso vengar a toda la humanidad.
ENA.—Pero..., ¿y tú?
NIN.—No temas. No seré un insensato que obedece a un impulso y se arroja ciegamente a un abismo. Seré todo lo contrario: sereno, frío, calculador. Y venceré. Venceré por encima de todo, cueste lo que cueste. Ya ves: comienzo por sacrificarte a ti. Te quiero y he de apartarme de tu amor para seguir los caminos del odio.
ENA.—¡Volodia!... ¡Amor mío!...
NIN.—¡Chist!... ¡Silencio!
ENA.—¡Te esperaré siempre!
NIN.—Cuando tenga un momento de tregua te recordaré. Y tú me querrás más porque seré lo que tú querías que fuese.
ENA.—¿Qué?
NIN.—El brazo de la justicia que necesitan todos los oprimidos.
RÍA.—(*Aparece momentos antes en la puerta, sin asomar más de lo necesario para que el público se dé cuenta de su presencia.*) ¡Hijo!...
NIN.—¡Sí, madre, sí! ¡Es preciso! ¡Debemos poner todo nuestro esfuerzo, sacrificando hasta nuestra vida, para redimir a todos los esclavos del mundo!

(*Están fuertemente abrazados.*)

TELON RAPIDO

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Han pasado treinta años. Lenin, después del destierro en Siberi y de su destierro voluntario en Europa, ha pasado breves días e Petersburgo, de donde ha tenido que huír y se encuentra refu giado en una cabaña de madera que Rovio, Jefe de Policía d Helsingfors, posee en los alrededores de esta ciudad.
Interior de la cabaña, en el fondo una ventana entreabierta. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda Una mesa y sobre ella un aparato telefónico

ESCENA PRIMERA

(*Al levantarse el telón está en escena ROVIO, que, sen tado cómodamente en una butaca, lee el periódico y fum su pipa, suena el timbre del teléfono.*)

ROVIO.—(*Levantándose y acudiendo al aparato.*) Sí, sí... Al apa rato Rovio, Jefe de Policía de Helsingfors. Ah, eres tú, Fra linsky. Di. ¿Cómo?... Sí, espera; tomaré nota. (*Deja el au ricular sobre la mesa y, aproximándose a la puerta de la de recha, llama con voz apagada.*) ¡Lenin!... ¡Lenin!...
LENIN.—(*Entra Lenin.*) ¿Llamabas?
ROVIO.—Sí. Escribe lo que yo vaya diciendo. Es un edicto prego nando la cabeza de ese maldito Ulianov.
LENIN.—¡Mi cabeza!
ROVIO.—(*Indicándole que guarde silencio.*) Ahí mismo, en es trozo de papel. Después lo copiarás mejor. (*Al aparato.* Cuando quieras, Pralinsky. (*Repitiendo.*) Ciudadanos: E país, para librarse del caos en que amenazan hundirlo lo agitadores vendidos a los alemanes, necesita aniquilarlos. E nombre de la democracia liberal, cuyos principios atacan lo bolschevicks, os conjuro a entregar vivo o muerto a ese trai dor a la patria que se hace llamar Lenin y cuyos nombres so Wladimiro Ilyich Ulyanov. Es el mejor servicio que podeis pres tar a Rusia. Vuestro Presidente Kerensky. (*Al aparato.*) ¿Có mo?... ¿Qué si se imprime?...

(*Mira a Lenin.*)

LENIN.—Sí, rápidamente.
ROVIO.—¡Pralinsky, Pralinsky!... No te oía. Creí que te habían retirado del aparato. Desde luego, inmediatamente. Y mánda lo fijar en las esquinas.
LENIN.—Y en la estación.

o.—(*Al aparato.*) No olvides la estación del ferrocarril. Es importante. ¿Una fotografía? ¿No la hay?
N.—Sí, yo tengo.
o.—Rovio, jefe de Policía de Helsingfors, no dice nunca que no puede cumplir un servicio. Tengo la fotografía en mi poder. La envío en seguida. Nada, gracias. (*Cuelga el auricular.*) ¿Qué te propones?
N.—Que no encuentren mi pista. Smilga fué seguido ayer por los desconocidos. Sospechan sin duda que me ve. Pero, posiblemente, ignoran aún que estoy aquí. Si te hubieses negado a publicar el edicto, o simplemente hubieses vacilado lo más mínimo, hubieran sospechado de ti. Y de ti no han de sospechar. Nos eres demasiado útil. Han de creer en tu fidelidad al Gobierno.
o.—Lo daría todo por tu triunfo, que es el nuestro. Pero, cuidado... Pueden reconocerte.
N.—Te aseguro que no. Mi nuevo disfraz es una obra de arte. ¡Qué gran peluquero es Porfiry! ¡Diez mil rublos son poco dinero por mi cabeza!... Kerensky no se da cuenta del peligro que corre la suya!

ESCENA II

Dichos: Krupskaia

o.—(*A Krupskaia.*) ¿No ha llegado Smilga?
PSKAIA.—(*Desde la puerta de la izquierda.*) Ha tenido que dar un rodeo. Hoy le han vuelto a seguir. Pero Smilga es hábil en borrar el rastro. ¿Sabéis lo que ha hecho?... Ha venido dos veratas caminando de espaldas. Como ha cesado de nevar, sus huellas llevan hacia la estación y se pierden allí como si hubiera marchado, en lugar de venir.
o.—(*Entregando a la Krupskaia la nota que ha tomado Lenin.*) Lea usted.
PSKAIA.—(*Imperturbable después de la lectura.*) ¿Para qué me ha dado esto?
o.—Puede significar la muerte de Wladimiro.
PSKAIA.—(*Sonriendo.*) ¡No!... Significa solamente que Kerensky, el jefe del Gobierno burgués, está ya en su agonía.
N.—Aprende, Rovio. Es mujer y es más fuerte que tú. Si no fuera así no podría ser la mujer de Lenin... ¡Cómo me has comprendido, Nadeida!... (*A Rovio.*) No teme a nada. No da a su vida otro valor que el que yo doy a la mía: el de un instrumento para el triunfo.
PSKAIA.—Unimos nustro fervor por la revolución y ese fué nuestro lazo matrimonial.
N.—Por la revolución lo daríamos todo; por la revolución y sólo para la revolución defendemos nuestra vida, porque morir equivaldría a desertar. No la verás triste nunca. ¿Has visto el arco de una ballesta tenso y vibrante en el momento de disparar? Esa es su alma. Dime, Nadeida. ¿Qué hiciste con los folletos que te entregué?
PSKAIA.—Estuve en el cuartel. Hablé a los soldados y cuando ya les convencí, les di los folletos para que los repartiesen. Por cierto que fué necesario matar al oficial de guardia.

ROVIO.—¡Matarle!...
LENIN.—¿Por qué?
KRUPSKAIA.—Se empeñó en detenerme...
ROVIO.—¿Le mató usted?
KRUPSKAIA.—No es ese mi oficio.
ROVIO.—¿Entonces, quién?
KRUPSKAIA.—Los soldados que se amotinaron. ¡Fué horrible! I ellos son ya los dueños del cuartel.
LENIN.—Madura la fruta, camarada Rovio. En Petrogrado ten mos a estas horas varios regimientos a nuestro favor. ¿Sa lo que esto significa? Para el futuro significa la victoria. I mí significa que no han sido infructuosos treinta años de vida. ¡Treinta años! La sangre de mi hermano no se per Sirvió para darme una visión clara del porvenir, para ense me a conservar mi vida, a refrenar el ímpetu del primer ins te. Así han podido transcurrir esos treinta años de preparac de lucha diaria contra todo y contra todos, brutal, pero há llena de miseria, de destierro y de hambre, pero fecunda el sacrificio de todo lo que es dulce y amable en la vida.
KRUPSKAIA.—Ahora esos años de siembra son una fuerza invenci
LENIN.—Como una montaña inmensa que se inclina para apla debajo toda la podredumbre de Rusia, una vez en nuestra v Por fin, camarada Rovio, la tierra tiembla, abre su vien para lanzar al cielo el fuego de su entraña.

(*Suenan unos golpes en la puerta.*)

ROVIO.—(*Indicando a Lenin que se oculte.*) Pasa por aquí.
LENIN.—Espera.
KRUPSKAIA.—¿Quién va?
SMILGA.—(*Dentro.*) Soy yo. Smilga.
KRUPSKAIA.—(*Empujando la puerta.*) Pase usted. No estaba cerra

ESCENA III

Dichos: SMILGA

SMILGA.—¡Esto marcha, camaradas!... Todo Petrogrado ha s inundado de pasquines. Los edictos en que se pregonaba cabeza, camarada Lenin, han sido cubiertos por nuestra in tación a la lucha.
LENIN.—¿Hay noticias?
SMILGA.—Sí.
LENIN.—Entonces, estoy a tu disposición. (*Rovio se aproxima a ventana, que estaba entreabierta, y la cierra.*) Eso es, m bien. Así se evita que desde fuera pueda oirse nada. Haz ot cosa. Copia a mano el edicto, pégalo en un árbol próximo coloca junto a él a un hombre de confianza que, con la exc sa de custodiar el pasquín, vigile los alrededores. Al mism tiempo ordena que preparen la troika.
ROVIO.—¿Esperas gente?
LENIN.—No espero a nadie.
ROVIO.—Está bien. Bien venido, Smilga.
SMILGA.—Gracias camarada.

(*Mutis Rovio.*)

PSKAIA.—(*A Lenin.*) ¿Piensas marcharte?
IN.—Según las noticias que Smilga me traiga.
PSKAIA.—¿Cuándo escribo a Moscou?
IN.—Hoy mismo. Es preciso que el movimiento estalle al mismo tiempo en tres sitios: en Petrogrado, en Moscou y en el frente. Escribe también al frente. Ya sabes la proposición.
PSKAIA.—¡Es necesario hacer la paz!
N.—Justamente. Soldados, abandonad las armas...
PSKAIA.—Ha llegado el momento de volver a empuñar el arado.
N.—Es bastante.

(*Mutis Krupskaia.*)

ESCENA IV

SMILGA *y* LENIN

GA.—¡Camarada!... Kornikoff ha devuelto Riga a los alemanes.
N.—¿Riga devuelta?
GA.—¿Sabes lo que intentan?
N.—(*Después de un momento de meditación.*) Entregar Petrogrado.
GA.—Sí. La burguesía media recibe con agrado el peligro.
N.—Creen que así se detiene la revolución.
GA.—Kerensky ha dicho que entregar Petrogrado no es una desgracia. Como en Riga, se disolverían los soviets. Después, en el tratado de paz, Petrogrado sería devuelto. ¿Qué piensas?
N.—Pienso que ha llegado el momento. ¡Ahora o nunca!
GA.—Kerensky ha hecho que el cuartel general pida el envío de dos tercios de la guarnición de Petrogrado al frente.
N.—¿Para deshacerse de las fuerzas que nos son adictas?... Pues no irán. Hay que constituir un comité militar revolucionario.
GA.—Por otra parte tienen el propósito de arrojar la División caucásica salvaje sobre Petrogrado, para aniquilarnos.
N.—¡Basta! Ya no podemos esperar. Definitivamente, el Congreso de los Soviets de toda Rusia se celebrará el siete de noviembre. Hay que pedir y conseguir todo el poder para los Soviets. Ese es el camino.
GA.—¿El Comité central del Partido?...
N.—Se reunirá en Petrogrado pasado mañana, veintiocho de octubre. Es necesario guardar secreto. Cueste lo que cueste, asistiré a la reunión.
GA.—Será difícil burlar a la policía.
N.—La burlaré instalándome en los alrededores del Palacio de Invierno, cerca de Kerensky; allí nadie irá a buscarme. Hay que decirle a Trotzky que ordene la entrega de cinco mil fusiles a los guardias rojos y hasta quizá sea necesario adueñarnos del Poder antes del Congreso. Porque acaso Kerensky no nos deje reunirlo.

ESCENA V

Dichos: Krupskaia

Krupskaia.—(*Interrumpiendo.*) ¡Cuidado! Han sido sorprendi dos individuos que rodeaban la casa. Han dicho que vienen nombre de Trotzky y que desean verte.
Lenin.—Que pasen.
Krupskaia.—Se les ha indicado que no estás en Helsinfors. Ro dice que son dos confidentes.
Lenin.—Que pasen.
Smilga.—¿Acaso ha sido inútil mi rodeo?... ¿Me habrán seguid
Lenin.—Es lo mismo. Que pasen, puesto que saben que estoy aq Espera dentro, Smilga. Podrás oír lo que hablemos. (*Mu Smilga.*) ¡Adelante!

(*Nadeida les abre paso y se va.*)

ESCENA VI

Lenin; Confidentes 1.° *y* 2.°

Confidente 1.°—Es inútil desarmarnos. No queremos nada cont el camarada Ulyanov.
Confidente 2.°—Nos envía Trotzky. Supongo que al salir nos d volverán las pistolas.
Rovio.—Ya veremos.
Confidente 2.°—Está esto muy desierto y hay que precaverse.
Lenin.—Pasen, pasen. No se entretengan.
Confidente 1.°—A ti es a quien buscamos.
Lenin.—Sí, yo soy.
Confidente 1.°—La verdad si no hubiéramos sabido donde estabas
Lenin.—¿Lo sabiais?...
Confidente 1.°—Lo sabe Trotzky.
Lenin.—Cierto. Trotzky lo sabe; y acaso también lo sepa algú agente de Kerensky.
Confidente 2.°—¡Cá!... no es fácil.
Lenin.—¿Crees tú?
Confidente 1.°—¡Esconderse en casa de un policía!... ¡Es h bilidad!...
Lenin.—Bueno, ¿y qué os trae?
Confidente 1.° Venimos a recibir órdenes tuyas.
Confidente 2.°— Si es que tienes órdenes que darnos.
Lenin.—Desde luego. He pensado que le digais a quien os env que me habéis visto, que estoy bien, que la revolución no detiene, y que es inútil intentar nada contra mí. Que a u hermano mío lo ahorcó el zar y que yo he aprendido demasiad para dejarme asesinar estúpidamente.
Confidente 1.°—¿Qué quiere decir todo esto?
Lenin.—Que sé quienes sois. Que esperaba vuestra visita y que h querido tener el gusto de veros. Y que no os hago matar po que me vais a ser útiles.
Confidente 1.°—El camarada Lenin se ha confundido. Nosotro traemos una misión especial.

—La de acabar conmigo.
DENTE 2.º—Nos envía el Comité del Partido.
—¿Y desde hace unos días seguís la pista a Smilga para in-
rmar al Gobierno de Petrogrado?
DENTE 1.º—Eso no es cierto.
DENTE 2.º—Hemos venido para que nos des tus cartas y nos
cilites tus conferenciass y artículos para distribuirlos por las
bricas de Petrogrado y Moscou.
.—¿Pero creíais que ibais a engañarnos? ¿Cuál es vuestra
ntraseña? ¿No tenéis ninguna?
DENTE 1.º—Sí. ¡Todo el poder para los Soviets!
.—Esa es nuestra contraseña de mañana. Os habéis adelan-
do un día. Como siempre, la policía de Kerensky llega de-
asiado pronto o demasiado tarde. (*Llama.*) ¡Smilga!... ¡Smil-
a!

ESCENA VII

Dichos: Smilga.

A.—¿Llamabas?
.—Diles la contraseña de hoy.
A.—¿La contraseña de hoy?... ¡Hola!... Vosotros sois los que
e seguisteis ayer desde Petrogrado.
DENTE 1.º—¿Nosotros?
DENTE 2.º—Los camaradas se equivocan.
A.—Vosotros me habéis hecho andar esta noche dos vertstas
e espaldas.
DENTE 1.º—No, no. Hay un error. Os habéis confundido.
A.—(*A Lenin.*) El error sería dejarlos marchar.
.—Al contrario; que se vayan. Saben donde estoy hoy. ¿Sa-
rán acaso donde estaré mañana?... ¡Ea!... Dejadles. Id a Pe-
ogrado y decidle a Kerensky que en Helsingfors la guarni-
ión es mía, que la flota del Báltico espera mis órdenes, que
amos a tomar Petrogrado si no declina el poder...
DENTE 1.º—Un momento, camarada. Una vez más os digo que
o somos los que pensáis.
DENTE 2.º—Que nos devuelvan nuestras armas.
.—Que se las devuelvan. ¡Ea! Llévales, Smilga. Y déjalos mar-
har. Ya ves. Ni siquiera tienen el valor de decir la verdad. Sí,
ombre, sí. Déjalos marchar. Un consejo antes. Cuidado so-
re quien disparáis, no vayáis a equivocaros y matéis a uno
e los vuestros queriendo matarme a mí.

(*Vánse Smilga y los Confidentes.*)

ESCENA VIII

Lenin: Krupskaia.

SKAIA.—¿Qué has hecho?... ¿Por qué los dejas libres?
.—¡Pronto, Nadeida!... La peluca, las barbas... ¿Está dis-
uesta la troika?
SKAIA.—¿Pero es que te vas?

LENIN.—Ya no puedo resistir más. Nuestro lema es «audacia, a cia, siempre audacia. ¿Dónde está la audacia aquí?... Cua el peligro viene hacia nosotros no hay más que un modo vencerlo : lanzarse contra él. ¡ Y es preciso vencer !
NADEIDA.—Entonces, ¿vas a Petrogrado?
LENIN.—Sí.
NADEIDA.—¿Comienza la batalla?
LENIN.—Sí.
KRUPSKAIA.—Voy, pues, contigo.
LENIN.—No. Tú irás a Petrogrado también, pero no hoy ni po mismo camino. Ahora debes dejarte ver aquí, para que, v dote, la gente de Kerensky comunique al Gobierno que estoy en Helsingfors. Así no me buscarán en la capital miserables que acaban de marcharse también dirán que han visto. Dame la blusa, Nadeida. Dame un espejo.
KRUPSKAIA.—Voy enseguida

(*Mutis Lenin seguido de Krupskaia.*)

ESCENA IX

ROVIO, SMILGA; *luego* KRUPSKAIA; *después* LENIN.

ROVIO.—Me parece peligroso dejarles escapar. Pero ya he dado denes... ¡ Ulyanov !
KRUPSKAIA.—(*Entrando.*) Está preparándose para salir.
ROVIO.—Pero, ¿cómo?... ¿Va a salir?
KRUPSKAIA.—Sí.
ROVIO.—¿Regresará pronto?
KRUPSKAIA.—Seguramente, no.
ROVIO.—Entonces su libro «El Estado y la Revolución» ¿qu abandonado?
KRUPSKAIA.—Repetiré sus palabras : «Es mucho más grato y pro choso llevar a cabo una revolución que escribir acerca de ell
ROVIO.—Luego ¿ha decidido marchar a Petrogrado?
KRUPSKAIA.—Justamente.
ROVIO.—Es una locura.
KRUPSKAIA.—¿Tú crees?
ROVIO.—Le persiguen a muerte. Si alquien le reconoce...
LENIN.—(*Entrando, disfrazado.*) Será para hacerse de los mío ¿Qué tal me sienta la peluca?
KRUPSKAIA.—Pareces un mujick.
SMILGA.—¿Iremos juntos?...
LENIN.—Desde luego.
SMILGA.—(*Bromeando.*) Diré que eres mi padre.
ROVIO.—Yo creo que aunque no supiera que eras tú...
LENIN.—¿Qué?
ROVIO.—Te reconocería de todos modos.
LENIN.—(*Bromeando.*) No presumas, que eres policía, y los po cías rusos no conocen nunca a nadie. ¿Está preparada troika?
ROVIO.—Estaba preparada para Smilga.
LENIN.—No hay tiempo que perder. Salud, Nadeida. No descans un sólo momento. Catequiza al ejército. No temas por n Smilga te traerá noticias. Salud, Rovio. ¡ Mucho te debe

proletariado! Pronto con el triunfo recibirás tu recompensa. Cuando quieras, Smilga.

LGA.—Por mi, ahora mismo.

IN.—Pues vamos allá. No, no salgáis. Despedidme, si acaso, desde la ventana. Salud, Nadeida, otra vez. No necesito decirte que seas fuerte, porque lo eres por ti misma.

PSKAIA.—Salud, Ulyanov. (*Mutis Lenin y Smilga.*)

ESCENA X

ROVIO Y KRUPSKAIA.

IO.—Os admiro. Sois como es necesario que sean los creadores de una nueva Rusia. Os habéis separado quizá para siempre, y ni un suspiro, ni una queja, ni una lágrima...

PSKAIA.—Es que estamos convencidos de encontrarnos pronto. La victoria es segura. Los caminos de Rusia se abren ante nosotros. (*Abre la ventana que deja ver un paisaje de nieve y azul. Se oye un cascabeleo de plata, Krupskaia se despide de nuevo desde la ventana.*) ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud!

(*Pausa breve.*)

IO.—¿Y si vencer le costara la vida a Lenin?

PSKAIA.—Moriría de pena, pero moriría bendiciendo la victoria.

(*Suenan lejanos los cascabeles y cae el*)

TELON

CUADRO SEGUNDO

Sala en el piso tercero del palacio Smolnyi, en el arrabal Pie de Petersburgo. Fué construído por el arquitecto Rastrelli p la Princesa Isabel Petrowna, que hizo de él escenario de sus leidades y amoríos. Más tarde fué residencia de las «vírge nobles», entre las que Alejandro II tuvo sus favoritas. Es ahora el Instituto Smolnyi, desde donde saldrá Lenin pa tomar el Palacio de Invierno. Más tarde será la residencia ofic del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Al foro gran ventanal de cristales nevados. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Es de noche y está encendida la luz.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón está en escena un grupo de S dados de la Revolución. Rodean la mesa que ha de ser después a Lenin para escribir sus arengas y estudiar problemas que el nuevo Estado soviético ha de pla tearle.)

SOLDA. 1.º—Vodka, vodka. ¿No tenéis vodka?
SOLDA. 2.º—No queremos tener. Ahora sólo nos embriagamos esperanza.
SOLDA. 3.º—Los soldados de la revolución han de ser puros. tenemos penas que ahogar. No necesitamos olvidar nada. vodka y los popes nos hacían olvidar. No queremos popes vodka.
SOLDA. 1.º—Estamos esperando demasiado.
SOLDA. 2.º—Nunca es tarde para la venganza.

ESCENA II

Los mismos; SOLDADO 4.º

SOLDA. 4.º—(*Entrando.*) ¡Hurra, camaradas!... ¿Sabéis la notic
SOLDA. 1.º—¿Qué noticia?...
SOLDA. 2.º—¿Hay órdenes de Lenin?
SOLDA. 4.º—Más todavía. ¡Lenin, el propio Lenin, está en Peter burgo desde hace diez días!
SOLDA. 1.º—¿Y dónde se ha ocultado tanto tiempo?
SOLDA. 3.º—Cuenta, cuenta.
SOLDA. 4.º—Primeramente estuvo en los alrededores del Palac de Invierno, luego en un desván en casa de un camarad próximo al muelle de los Ingleses.
SOLDA. 2.º—Diez años he esperado para verle. He leído sus libr y sus folletos. Pero nunca había oído su palabra. Por fin

í hace un par de meses. Su voz es la voz del trueno y su razo el rayo que fulmina. Si me pidiese la vida, no vacilaría n dársela.
. 1.°—¡Ni yo!
. 2.°—En la fábrica en que trabajé hasta hacerme soldado, abía cuatrocientos obreros. Preguntadles: todos piensan lo iismo. En cambio, ¿sabéis lo que dicen de Kerensky?
. 1.°—¿Qué dicen?
. 2.°—Que es un tirano como el Zar. Y, como el camarada 'rotzky, le llaman Alejandro IV. ¡Tienen gracia!, ¿verdad?
. 1.°—¿Es cierto que va a marchar al frente?
. 4.°—Siente miedo y huye, pero no tendrá tiempo ya. Eso, s esta noche.
. 2.°—¿Esta noche, dices?
. 3.°—¿De verdad?... ¿Esta noche?...
. 4.o—Sí, esta noche. Y les cogeremos a todos como en una atonera en el Palacio de Invierno. Yo, como Lenin, soy paridario de la acción violenta. Es necesario. Sólo así triunfaemos.
. 2.°—Estoy deseando que llegue.
. 5.°—(*Desde la puerta.*) El camarada Lenin acaba de entrar n el edificio.

(*Suena fuera una trompeta que toca un punto largo, semejante al toque de silencio español.*)

. 2.°—¡He sentido el frío de la emoción!
. 4.°—Hasta ahora, Lenin ha tenido que ocultarse. Hoy se uega la última carta.
Voz.—(*Fuera.*) ¡Paso al camarada Lenin!
. 2.°—¡Ya llega!... ¡Ya está aquí!... ¡Firmes!... ¡¡Firles!!... ¡Así!

ESCENA III

Dichos; LENIN *y* TROTZKY

ı.—Salud, camaradas.
ZKY.—El camarada Lenin no quiere que se le forme la guardia.
. 2.°—Déjame que te estreche la mano, que es la mano que ıos guía.
ı.—Esta mano la mueve vuestra voluntad. Sin vosotros, yo ıada podría.
ZKY.—Ahora, dejadnos, que vamos a deliberar.
. 2.°—¿Dónde montamos la guardia?
ı.—Basta con la que hay abajo.
ZKY.—Si acaso, que haya constantemente un centinela ahí uera en la antesala.
. 2.°—Está bien. (*Se aproxima al grupo de soldados, les habla en voz baja y se vuelve hacia Trotzky para saludar.*) ¡A a orden! (*Mutis con los soldados.*)
ZKY.—(*A Lenin.*) Estas de aquí son las habitaciones que te stán destinadas. Después de nuestro triunfo podrás traslaarte al Palacio de Invierno.
ı.—No; yo no necesito un palacio. He vivido siempre pobreıente y, si cambiase, echaría de menos la pobreza. No, León;

yo no espero nada. Yo quiero vivir en adelante como he vido hasta hoy. ¿Qué hora tienes?
TROTZKY.—Son las dos y media.
LENIN.—Entonces, ya no falta nada.
TROTZKY.—¿Pero has decidido resueltamente asaltar el Pala ¿No sería mejor esperar a mañana? Mañana el Gobierno v dose perdido, renunciará al Poder.
LENIN.—No; no renunciará. Se defenderá a toda costa. Es ilusión vana pensar que podemos triunfar pacíficamente. después de asaltar el poder, nos saldrán enemigos por to partes y no tendremos más remedio que luchar. Los propi rios, los comerciantes, la burguesía, lo mismo que el Gob no, no renunciarán sencillamente a sus posiciones. Es surdo pensar que el socialismo puede instaurarse en Ru de otro modo que con una guerra civil, triste pero imp cindible, con etapas dolorosas, pero necesarias. Además, natural que así sea, es natural que antes de construir truyamos.

ESCENA IV

Dichos y KRUPSKAIA

KRUPSKAIA.—(*Entrando.*) ¿No hay noticias todavía?
LENIN.—No.
KRUPSKAIA.—Es raro.
LENIN.—¡No son aún las tres! Están dadas las órdenes nece rias.
TROTZKY.—Camarada Ulyanov. Por una vez creo que te has p cipitado.
LENIN.—No. Si la revolución estalla hoy, el triunfo es seguro. U pérdida de tiempo es como una muerte irreparable. Ademá ¿cuándo se repite una oportunidad?
TROTZKY.—Podría equivaler a un suicidio.
KRUPSKAIA.—La victoria depende hoy de la audacia solamente.
LENIN.—El Gobierno es impopular, está en pleno fracaso. El po nos pertenece. Esta misma noche lo tomaremos.

ESCENA V

Dichos; SOLDADO 2.° *y* KRYLENKO

SOLDA. 2.°—(*Desde la puerta.*) ¡El camarada Krylenko!
KRYLENKO.—Se han cumplido las órdenes. Dybienko me comuni que el crucero *Aurora* está anclado en el Neva esperando in trucciones. A las tres en punto comenzará a disparar sob la fortaleza. A una señal vuestra el Palacio de Invierno se destruído por el fuego de sus cañones.
LENIN.—Que no disparen sobre el Palacio sin que se ordene. *Trotzky.*) León, no creo oportuno llamar ministros a los miem bros de nuestro Gobierno. Hasta en el nombre han de ser di tintos de los ministros burguesses. ¿Cómo les llamarías tú?
TROTZKY.—(*Mirando a Krylenko.*) El camarada Lenin sueña. *Lenin.*) Lo primero es que sea nuestro el Poder.

N.—Ya lo es. Sólo resta que alarguemos la mano para tomarlo. ¿Cómo llamaremos a nuestros ministros?
PSKAIA.—¿Acaso Comisarios del Pueblo?
N.—¿Comisarios del Pueblo? Suena bien.
PSKAIA.—Y es exacto.
N.—Se llamarán Comisarios del Pueblo. Al pueblo será a quien representen y esta madrugada recibirán de sus manos el Poder. El Pueblo no puede esperar más. ¿Cuántas son nuestras fuerzas?
LENKO.—Sólo en Petrogrado, cincuenta mil obreros armados y seis regimientos con artillería y ametralladoras.
N.—¡Ja, ja, ja!
TZKY.—¿Por qué ríes, camarada?
N.—Pienso que Kerensky ha puesto precio a mi cabeza.
TZKY.—Y a la de Zinovief.
LENKO.—¡Quién sabe si sus mismos soldados vendrán a entregarnos la suya!
N.—No esperará tanto. ¿Se ha puesto el telegrama a Muravief para que comience el movimiento en Moscou?
TZKY.—Está ya redactado.
PSKAIA.—Aquí está.
N.—¿Qué esperáis, pues?
TZKY.—Saber si se conseguirá burlar la censura.
N.—Los censores de hoy son todos nuestros.
PSKAIA.—Los telégrafos están en nuestro poder desde ayer.
N.—Krylenko hará que se curse el despacho.

ESCENA VI

Dichos; DZIERZYNSKI

R.—Salud, camaradas. La lucha en la calle se ha generalizado. Los obreros pelean como leones; su zarpazo es seguro.
N.—No pierdas tiempo, Krylenko.
LENKO.—Salud. Que la próxima vez que nos veamos sea ya en nuestra era.
N.—Ve. Es seguro. (*Mutis Krylenko.*) Y tú, (*A Krupskaia.*) pon en orden estos decretos. Mañana mismo habrá de publicarlos nuestro diario oficial. (*Mutis Krupskaia.*)

ESCENA VII

N, DZIERZYNSKI y TROTZKY; *después un grupo de revolucionarios*

R.—Ya es el momento decisivo. Hay que ser implacables.
N.—¿Quién eres, camarada, que no te he visto nunca?
TZKY.—Es Dzierzynski, polaco. Ha sembrado la revolución en el frente, entre los soldados.
N.—(*Tendiéndole la mano.*) Los polacos han sido siempre revolucionarios. Odian a Rusia y nosotros necesitamos de todos los odios.

DZIER.—Odiamos a la Rusia del Zar que nos esclavizó. Comenzamos a amar a vuestra Rusia que será también nuestra. Quisiera para mí el cargo más oprobioso, el más ingrato, para probar que estoy dispuesto al sacrificio.
LENIN.—Tendrás una tarea dura: Castigar a los enemigos de la Revolución.
DZIER.—Puedes estar seguro de que su voz la ahogaré con sangre.

(*Comienzan a oírse en lejanía los cañonazos que no cesan hasta que ha terminado el cuadro.*)

LENIN.—¡Silencio!... ¿No habéis oído?
TROTZKY.—¡Ya retumba el cañón!...
LENIN.—¡Sí!... ¡Ya retumba el cañón! Es el *Aurora*, que dispara contra la fortaleza.
VOCES.—(*Fuera, aproximándose.*) ¡Viva Lenin!... ¡Viva la revolución!... ¡Viva la Rusia de los Soviets!
OTRAS VOCES.—¡Viva!... ¡Viva!...
SOLDA. 2.°—(*Conteniendo a los OBREROS revolucionarios que intentan entrar en la sala.*) ¡Alto!... ¡Alto!... ¡Está prohibida la entrada!
LENIN.—Dejadles pasar. El pueblo es quien nos da su fuerza.

(*Irrumpen en escena y rodean a Trotzky, a la Krupskaia, a Dzierzynski y a Lenin.*)

UN OBRERO.—Hemos tomado sin esfuerzo las estaciones ferroviarias. Pero la lucha en las calles es sangrienta. Se han dado cuenta de nuestra ofensiva y está dispuesto a rechazarla. No salgas, camarada Lenin. Te buscan para asesinarte. ¿Conoces a todos los que te rodean? ¡Pronto! (*A un Espía.*) ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas? ¿Qué haces aquí?
UN ESPÍA.—¡Soy un camarada!...
UN OBRERO.—¡Mientes! ¡Eres un espía!
UN ESPÍA.—(*Lanzándose contra Lenin mientras un obrero se interpone, sujetándole.*) ¡Muere, misera... ¡Aaaah!...

(*Su insulto se convierte en un alarido de dolor, alguien le ha clavado un puñal en la espalda.*)

LENIN.—¡Quietos todos!... ¡Dejadle! ¡Dejadle!
DZIER.—No, camarada Lenin. Vosotros debéis estar al margen de estas cosas. Debéis conservar puras las manos. Antes me lo habéis dicho; yo soy el juzgador. ¡Lleváosle, camaradas!... ¡Os pertenece! (*Ante Lenin, cortando la objeción.*) Es mi misión! (*Se extreman las voces. Los amotinados se disputan el herido. Dzierzynski les señala la puerta. Enérgico. Inconmovible.*) ¡A la calle!... ¡A la calle!... Este no es el lugar. (*Cuando se despeja la escena al hacer mutis los revolucionarios con el espía, se vuelve a Lenin para decirle.*) ¡Este es mi oficio, camaradas!... ¡Que la sangre caiga sobre mí! ¡Nunca sobre vosotros!

ESCENA VIII

ɪ, DZIERZYNSKI, TROTZKY *y un* SOLDADO *que llega en este momento. Después,* KRUPSKAIA

ᴅᴏ.—¡Camaradas! ¡Los ministerios están en nuestro poder! Ha comenzado la ofensiva contra el Palacio de Invierno! Lo defienden los Alumnos de la Escuela Militar y el batallón e la Bochikarewa! ¡Se lucha cuerpo a cuerpo!
ɪ.—¡Esta es ya mi hora!

(*Aparece KRUPSKAIA en la puerta.*)

SKAIA.—¿Qué vas a hacer?
ɪ.—Llegar frente a Palacio y ponerme a la cabeza de los sol-ados de la Revolución. (*Suenan tiros lejanos.*) ¡Quiero ser l primero que cruce la puerta y quiero que sea mi mano la ue ponga en el balcón la bandera roja!
ZKY.—¿Y si te matan?
SKAIA.—¡No, no le matarán!
ɪ.—¡Mirad la ventana!... Ya comienza a clarear el día!... Justo!... ¡Cuando coloque la bandera se teñirá de rojo el ielo, la ciudad y las aguas del Neva! (*Acogiendo en sus braos a los demás y empujándoles hacia la puerta.*) ¡Camaradas, Palacio! ¡Las balas nada pueden ya contra nosotros!

(*Hacen mutis los tres. Por la ventana entra una luz sonrosada, se oye un tiroteo nutrido que se aleja y cae lentamente el*)

TELON

CUADRO TERCERO

Salón en el Palacio de Invierno. Suntuosidad. En alguna de paredes, un tapiz amarillo con el águila bicéfala en negro, blema de los mares. Balcón al foro que deja ver en lejanía edificios iluminados por la aurora, pálidamente primero, inte mente después, rojos como si aquel día el sol se ciñese la banc bolchevique. Una puerta a la derecha y otra a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

Antes de levantarse el telón se oye un estrépito de cañones, fusilería y de gritos lejanos, que irán disminuyendo hasta aparecer.

Al levantarse el telón la quietud será absoluta, semejante en t al trágico silencio del campo de batalla cuando la muerte se señoreado de él.

En escena los hermanos VASIA *y* SACHENKA MARKOVSKI, *ofici afectos al gobierno Kerenski. Vasia es un hombre maduro; chenka es casi un muchacho. En ambos se pinta el horror a muerte y la desesperación. Los dos de uniforme.*

VASIA.—(*Dispara dos veces a través del balcón y arroja la pisto* Ni una sola bala ya.

SACHE.—(*Que llega por la derecha.*) ¡Vasia! ¡Sachenka!... ¡H mano mío!... ¿Dónde estuviste?...

SACHE.—¡Huyo!... ¡Huyo de todo!... ¡Huyo de mí mismo!... ¡C silencio terrible, de repente!

VASIA.—Es que los nuestros no disparan ya.

SACHE.—¿Se han rendido los cadetes?

VASIA.—¡Han muerto!

SACHE.—¿Todos?

VASIA.—Todos. Al que no haya muerto por el fuego, lo esta pasando a cuchillo.

SACHE.—Es un río de barbarie.

VASIA.—Sí, es la barbarie que hizo el Zar y que ahora se desbo sobre nosotros.

SACHE.—¿Qué sucederá?... ¿Te atreves a asomarte?

VASIA.—¡Han saltado la verja de Palacio!... ¡Abren las puertas ¡Se precipita la avalancha! Los que no caben saltan por das partes. Ya nadie hay entre ellos y nosotros.

SACHE.—¡Huyamos, Vasia!... ¡Huyamos!

VASIA.—¡Es tarde!... ¡Estamos acorralados!... ¡No hay salida sible!...

SACHE.—¡Huyamos, Vasia!... Nos matarán y yo no quiero mori ¡Huyamos como sea! ¡Es preciso intentarlo!... ¡Yo soy masiado joven para la muerte!... ¡Amo la vida! ¡La amo c locura, con desesperación! ¡No quiero morir! ¿Me oyes ¡No quiero morir!... ¡No quiero!... ¡No quiero!...

VASIA.—¡Calla, Sachenka, calla!... ¡Es preciso... Pero hay q morir matando, como fieras. En el ardor de la pelea no s tiremos las heridas. Verás cómo matar, a veces, cuando lucha hasta morir, es un placer de locos.

:.—¡No, no quiero!... ¡Yo quiero vivir a toda costa!... ¡Huamos, Vasia!... ¡Por la memoria de nuestra madre te lo ido!... ¡Huyamos!...

.—¡No!

:.—Pues si tú no quieres huír, yo sí. ¡Hasta nunca! (*Mutis.*)

.—Quizá hasta muy pronto. Hasta ahora mismo. (*Vasia Marovsky va hacia el balcón. Allí, dejándose vencer por el asecto de la calle, dice:*) ¡Pobre Rusia!... ¡He aquí lo que izo de ti la tiranía!... (*Suena un disparo y se oye dentro n grito de angustia. Vasia, consternado, corre hacia la puerta or donde hizo mutis Sachenka.*) ¡Sachenka!... ¡¡Sachena!!... ¡Hermano mío!... (*Desaparece.*)

.—(*Dentro.*) ¡Viva Lenin!... ¡Viva la Revolución! ¡Muera burguesía!... ¡Mueran los tiranos!... ¡Muera Kerensky!... Vivan los Soviets!...

ESCENA II

La escena ha quedado sola por unos breves instantes en dentro sucesivamente las voces de DZIERZYNSKI *y de* STALIN. *llegan precipitadamente* LENIN, TROTZKY, KRYLENKO, DZIERKI, STALIN, LUNATCHARSKY *y* KRUPSKAIA, *rodeados y seguidos breros y hombres y mujeres del pueblo, todos armados:* UNO *os trae una gran bandera roja, que quedará atrás, junto al foro.*

.—(*Dentro.*) ¡Paso a Lenin! ¡Paso al camarada Lenin!

N.—(*Dentro.*) ¡Paso a los Comisarios del Pueblo!

(*Aparece LENIN y todos los demás en la forma citada.*)

S.—(*A Lenin.*) Aquí está el balcón donde debe colocarse la andera roja.

(*Fuera siguen los vivas.*)

N.—¡Silencio! ¡Un poco de silencio!

S.—¡Que traigan la bandera!

Voz.—¡La bandera!

—¡La bandera!

S.—¡La bandera!... ¡La bandera!...

(*Por sobre las cabezas que semejan un oleaje pasa de mano a mano la bandera roja. Dzierzynski va a entregarla a Lenin.*)

N.—¡Silencio! ¡Silencio!

.—Camarada Lenin: Tu pecho desnudo ha desafiado las baas, tu palabra ardiente ha guiado al proletariado, tu brazo a sido un ariete para el enemigo. Debes ser tú quien haga ndear al viento en el balcón la bandera roja.

I.—(*Tomando la bandera.*) ¡Gracias, camarada!... Como Preidente de Consejo de los Comisarios del Pueblo y en nombre el pueblo mismo colocaré en el balcón nuestra bandera vicoriosa.

S.—Mirad. Amanece ahora. Los primeros fulgores del sol brian sobre la nieve que cubre los tejados y las cúpulas. Es oja como la sangre que ha salvado al proletariado y es como na aureola para nuestra bandera.

.—¡Te saltan las lágrimas!

KRUPS.—Era el sueño de toda mi vida. ¡La aurora roja sobre tras frentes!

(*Coloca Lenin la bandera en el balcón. Se oyen los a sos y vivas de la multitud.*)

VOCES.—(*Que se suponen llegan de la calle.*) ¡Viva Lenin!... va!... ¡Vivan los Comisarios del Pueblo!... ¡Vivan!

TROTZ.—No le van a oír.

DZIER.—Callarán como muertos.

LENIN.—(*Dirigiéndose a las masas.*) ¡Camaradas! (*Se hace lencio.*) ¡Camaradas!... ¡Hemos vencido la tiranía! Los bajadores del mundo entero os deben la esperanza de beración! Habéis creado un Estado nuevo. Después de l mera victoria, la lucha se ofrece ardua y durará aún n tiempo. No importa. Como hemos vencido ahora, vence definitivamente. Nuestros hermanos, en esta misma hor tarán conquistando Moscú. Cuando Rusia entera sea tra... (*Una ovación ahoga las palabras de Lenin.*) ¡Sile ¡Silencio!... La guerra, esa guerra sangrienta en que muerto tres millones de hermanos nuestros en defens los intereses de los príncipes y de los millonarios, ac hoy mismo.

VOCES.—¡Viva Lenin!... ¡Viva!... ¡Viva!... (*Se reproduce la ción.*)

LENIN.—¡Silencio todavía!... La tierra, esa madre tierra que mantiene, será arrancada a las manos que la usurpan tregada a los campesinos. Las fábricas a los obreros; los cos abrirán sus cajas para satisfacer el hambre de los rables; todo será vuestro y para vosotros. Pero debéis gan ¿Sabéis cómo? Haciendo lo que yo hice: trabajando. T jando y desnudando vuestro pecho ante las balas. ¡Vi Rusia del Proletariado!

(*Gran ovación fuera.*)

VOCES.—¡Viva Lenin!... ¡Viva!... ¡Viva el Consejo de los C sarios del Pueblo! ¡Viva! (*Nueva ovación.*)

LENIN.—(*Retirándose del balcón.*)—Ahora, quiero abrazaros a otros y significar con este abrazo una unión que no debe perse por nada ni por nadie para bien del pueblo que t ja. Vosotros, bolcheviques, habéis luchado como yo año año. Nuestro abrazo significa la unión inquebrantable la muerte. Venid acá, Trotzky, Stalin, Dzierzynski, Lunatc ky, Krylenko... Dirigisteis y organizasteis la Revolución tubre es vuestra gloria. ¿Qué piensas tú, Lunatcharsky? con dolor cómo se destruyen las obras de arte? ¡Qué van hacer!... Cuando la tempestad se desencadena no re nada.

LUNAT.—¡Nada, camarada!

LENIN.—La Revolución también nos dará los artistas que ne temos. Después de la jornada del odio, llega la de la trucción. Hemos destruído la vieja Rusia. Construyamo nueva. ¡A trabajar! ¡A trabajar! (*Se dispone a sentarse la mesa, y, con él, todos los demás. Se oyen fuera los ac de La Internacional, música y coros.*) ¡Un momento! chemos descubiertos y en pie nuestro himno triunfal.

(*Se descubren todos y a los acordes del himno revol nario cae lentamente el*)

TELON

CUADRO CUARTO

rtina negra será el único decorado. Una mesita sobre la habrá colocado un aparato de luz de tal disposición que únicamente los rostros de los conjurados y deje en tiniebla todo el resto de la escena.

ESCENA UNICA

(ELENA, VASIA MARKOVSKY *y varios* HOMBRES *y* MUJERES *en torno a la mesita colocada en el centro.*)

—Lenin ha escalado el Poder. El día en que nos arrojó del lacio de Invierno juré matarle. Ya no me importa Rusia, nque sé que la muerte de Lenin desquiciará el poder de Soviets. Sólo me importa mi propósito. Sálvese o no Rusia. nin debe morir. Es el enemigo que nos arrebató todo lo e era nuestro y nos hudió en la humillación y la verenza.

—Sí, debe morir.

—Debe morir.

—Debe morir y morirá. ¿Qué decís vosotros? ¿No estáis conmes?

—Sí.

—Sí.

—No vaciléis.

—No, no vacilaremos.

Quiero ser yo el ejecutor.

—No: debe ser la suerte quien lo designe. El que dé muerte Lenin va también camino de la muerte. Sólo hay una cosa e no puede sortearse y que significa también la muerte ra quien la realice. La reservo para mí, que he ingresado el ejército rojo para poder obrar libremente. Mientras el cargado de dar muerte a Lenin esté con él en su despacho, traré yo en el Gabinete telegráfico y cortaré totalmente comunicaciones. Lenin no podrá llamar en su auxilio a die; morirá como lo que es, un miserable.

—Un ambicioso vulgar que nos ha robado todo lo nuestro ra sentarse él en el trono de los Zares.

UJER.—¿Y el Zar?

—¿Qué será del Zar?

—Se dice que lo llevan a Yekaterimburg. Las tropas blancas dirigen a salvarlo.

Entonces ¿aun hay esperanzas?

—De nosotros depende lo más importante.

Pues sea.

—Vamos a echar suertes. Escribid vuestro nombre en estas peletas. Y, ahora, plegadlas y dádmelas. Todas son iguales. ena Ostapof: hacedme el honor de tomar una papeleta y r el nombre que figure en ella. (*Elena toma una papeleta queda muda de asombro al desdoblarla.*) Leedla.

ELENA.—(*Leyendo.*) «Elena Ostapof). Yo soy quien ha de da te a Lenin.
VASIA.—¿Estáis dispuesta?
ELENA.—Sí.
VASIA.—¿No vacilaréis?
ELENA.—No.
VASIA.—¿Os sentís mal?
ELENA.—Me ha impresionado el que la suerte haya coincid mi deseo. Al sacar la papeleta oí una voz interior que cía: «Debes ser tú, nadie más que tú debe encarg esta misión.
VASIA.—¿Amáis la vida?
ELENA.—Nada hay que me la haga amar. ¡Todo lo he perd
VASIA.—Yo procuraré que no perezcáis en vuestra empres debéis pensar que su muerte significará, seguramente, muerte.
ELENA.—La muerte es mi descanso.
VASIA.—Vuestro golpe debe ser seguro.
ELENA.—No fallará.
VASIA.—¿Estáis dispuesta para mañana?
ELENA.—Mañana..., sí. Dadme instrucciones.
VASIA.—Iréis al Instituto Smolny, que es donde Lenin res diréis audiencia y le daréis a entender que lo que ten decirle solamente él debe oírlo.
ELENA.—Está bien. Lo haré así.
VASIA.—Entre tanto, yo dejaré a Lenin incomunicado. El tanto si salimos salvos como si nos prenden, ha de se luto. Si nos descubrieran, moriríamos todos.
OTRO.—(*Dentro asomando apenas por entre las cortinas.*) do! ¡Unos agentes de la Cheka rondan la calle!
VASIA.—Que nadie hable. Apagad la luz.
ELENA.—¿Nos habrán descubierto?

(*Se hace el silencio y la oscuridad y cae rápido*

TELON

CUADRO QUINTO

ıcho de Lenin en el Instituto Smolny. El mismo decorado cto segundo. En las paredes, carteles de propaganda comunista. Es por la noche.

ESCENA PRIMERA

LENIN, TROTZKY, STALIN *y* KRYLENKO

ɪ.—(*Sentado ante su mesa, cargada de papeles. A Trotzky.*) :l generalísimo Duchonin se niega absolutamente a concertar ı paz con Alemania.
N.—¿Y qué alega?
ɪ.—Que nuestro Gobierno no está reconocido por toda Rusia.
N.—¿Qué piensas hacer?
ɪ.—Sustituir a Duchonin. Tú mismo puedes dictar el telerama.
N.—¿Quién será el nuevo generalísimo?
ɪ.—Le tienes delante.
N.—¿Krylenko?
ɪ.—El mismo.
E.—El camarada Lenin me había prevenido para el caso.
N.—Entonces, voy al Gobinete telegráfico. Ordenaré a los solados que desobedezcan a Duchonin y que exterminen a los ficiales que le sigan.
ZKY.—(*Advirtiendo.*) Habrá una matanza terrible.
N.—Tres millones de muertos ha hecho en Rusia la guerra rganizada por el capitalismo. La sangre de los nuestros nos ega a la cabeza y amenaza ahogarnos.
ZKY.—No he pensado oponerme; ha sido sólo una advertencia.
N.—Voy, pues. (*Mutis.*)

ESCENA SEGUNDA

Dichos menos STALIN

ɪ.—(*A Trotzky.*) Tú, conforme a lo acordado, presidirás la elegación rusa para la paz. Pero nada de tratados secretos. 'odo a la luz del día.
ZKY.—Puede ser una paz onerosa.
ɪ.—La paz a toda costa. La revolución, más o menos tarde, os devolverá lo que la paz nos quite.
E.—¿Cuándo he de partir para el frente?
ɪ.—Inmediatamente. Hazte acompañar al cuartel general por na compañía de marinos. Medidas radicales.
E.—¿No tienes otras instrucciones que darme?
ɪ.—Que telegrafíes las novedades.
E.—Entonces partiré dentro de media hora. (*Estrecha la mano Trotzky y a Lenin.*)

LENIN.—Piensa que se está decidiendo el triunfo definitiv derrota de la Revolución.

KRYLE.—No lo olvido nunca, camarada: el triunfo o la de no hay término medio. Hasta la vuelta. (*Mutis derech*

ESCENA TERCERA

LENIN *y* TROTZKY

TROTZKY.—Admiro tu estrategia y tu capacidad para el t Muchas veces pienso que la Revolución eres tú.

LENIN.—Son ellos mismos, los burgueses, el zar, los ge quienes han dado vida a la Revolución. (*Al teléfono.*) Jefe de la Sección de Información Política. Voladarski, bla Lenin. Deme noticias relacionadas con la Asamblea tituyente. ¿De forma que insisten en su negativa a rec la legalidad del Gobierno Soviético? ¿Cómo?... ¿Que quiera quieren discutir ninguna de nuestras proposic Camarada Voladarsky: esta misma noche debe qued suelta la Asamblea. Nada más. (*Cuelga el auricular.*)

TROTZKY.—El plan es atrevido. Contra las Constituyentes puede obrar. Puede ser interpretado como antidemocráti

LENIN.—La democracia soviética es distinta y superior a la mentaria. Los capitalistas siempre han llamado liberta libertad para los ricos de realizar sus beneficios, y a la tad para los trabajadores de morirse de hambre.

TROTZKY.—(*Consultando el reloj.*) Es la hora de mi entrevis Urizki. ¿Quieres algo de él?

LENIN.—Que ordene el traslado de la familia del Zar desde T a Yekaterimburg, según tenemos acordado. Allí estar segura.

TROTZKY.—¿Piensas que el Zar sea juzgado?

LENIN.—Es cosa que debe decidir el Consejo. De moment que alejarle de la posibilidad de ser rescatado por las contrarrevolucionarias o por sus parientes alemanes. E katerimburg precisa ponerle bajo la custodia de person nos ofrezcan absoluta garantía, con órdenes severísim que no actúen por su cuenta.

TROTZKY.—¿Y si intenta fugarse o llega a sernos arrebatad

LENIN.—No es conveniente que existan hombres que puedan vertirse en ídolos alguna vez.

TROTZKY.—Entendido.

LENIN.—Pero, cuidado. La aureola de mártir se parece dem a una corona. ¿Hasta luego?

TROTZKY.—Hasta luego. (*Mutis derecha.*)

ESCENA IV

LENIN, *después* KRUPSKAIA

LENIN.—(*Pasea reflexionando, en su actitud acostumbrada, la nos colgadas de las sisas del chaleco por los pulgares cionando sin desprenderse. Suena el timbre del teléfon* aparato. ¿Qué ha olvidado usted, Krylenko? ¿Un manif Sí, es cierto; sería conveniente un manifiesto mío a lo dados. Mañana mismo lo difundirá el telégrafo por tod

(*Cuelga el auricular.*) Para tener ejército es necesario des-
r el ejército. (*Se dispone a escribir.*)
-(*Entrando.*) ¿Vas a pasar la noche escribiendo, como ayer
mo anteayer?
Quisiera que el día tuviese cuarenta y ocho horas.
-Pero es necesario dormir...
Ahora sólo es necesario velar. Tú lo sabes, Nadeida, tú
eres mi mejor colaboradora. Me preocupan la paz y el
ajo. ¿Cómo llegaremos a la paz? ¿Cómo esa tierra que se
a a los usurpadores podrá ser trabajada?...
-Será necesario hacer tabla rasa para escribir de nuevo.
que edificar sobre los escombros.
Nosotros vivimos para Rusia.

ESCENA V

Dichos; SOLDADO 2.°; *después* ELENA

—Una mujer desea ser recibida.
-En este momento no puede atenderla.
—Dice que es preciso hablarle.
Hazla pasar. (*A Krupskaia.*) No debo negarme a nadie.
-Estorban tu labor.
Mi contacto con el pueblo es una parte de mi labor. Sin
contacto mal puedo saber lo que el pueblo necesita y
es su voluntad. (*A Soldado 2.°*) Que pase. (*El Soldado
la puerta y franquea la entrada a ELENA que vacila y
etiene. Viste de negro y lleva un sombrero pequeño que
ıas deja ver su pelo gris.*) Pase usted, pase. (*Casi sin mi-
ı.*) Diga quién es y qué desea. (*Ante el silencio de* ELENA,
N *escruta su mirada, que se dirige a* KRUPSKAIA *y a Sol-
).*) Comprendo. Quiere hablar a solas conmigo.
Sí.
-¿Pero quién es usted? ¿A qué ha venido?
-(*Después de mirar de nuevo a Krupskaia y a Soldado.*)
ted también tiene miedo como ellos?
(*Mirándola fijamente.*) ¿Miedo?... (*Sonríe irónico y aña-*
Nunca lo he tenido. (*A Krupskaia y a Soldado.*) Dejadme
ella.
-Hay que registrarla antes.
No. Dejadme. (*A Soldado.*) *Espera fuera.* (*Mutis Soldado.*)
-Los enemigos no reparan en nada.
En vano. Saben que si me matasen, en el mismo momento
paría otro mi puesto. Hazme el favor. Acaso esta mujer
ga algo importante. Cuando termine llamaré.
-Si insistes...
Sí.
-Está bien. (*Hace mutis por la izquierda.*)

(*Lenin cierra la puerta con llave, cruza la escena sin mi-
rar a Elena y después de haber cerrado la puerta de la
derecha, vuelve a su mesa. Sólo entonces mira a su vi-
sitante.*)

ESCENA VI

ELENA *y* LENIN

LENIN.—Usted dirá.
ELENA.—¿Has cerrado por dentro?
LENIN.—Ya lo ha visto.
ELENA.—Me habían dicho que eras valiente...
LENIN.—No le han engañado. Pero no es ante una mu quien necesito demostrar mi valor.
ELENA.—¿Crees tú, como ellos, que he podido venir a ma
LENIN.—No creo nada.
ELENA.—¿No me reconoces?
LENIN.—No. No debo haberte visto nunca.
ELENA.—(*Contemplándole.*) ¡Cómo has cambiado!... Perc biera reconocido aunque hubieses cambiado mucho n quien me figuraba.
LENIN.—¿Quién soy?
ELENA.—El. Wladimiro Ilyich Ulyanov. ¡Volodia!
LENIN.—(*Sorprendido.*) ¿Cómo puedes llamarme así?... As han llamado nunca más que mi madre y mis herman
ELENA.—Tu madre, tus hermanas y yo. (*Tristemente.*) ¿T has olvidado?...
LENIN.—(*Reconociéndola.*) ¡¡Elena!!
ELENA.—Elena, sí. Elena. Tu Elena.
LENIN.—También tú has cambiado. Siéntate. ¡No he sabi en tantos años!...
ELENA.—Muchos años, sí. ¡Pasan tan velozmente!... ¿Esa r
LENIN.—Nadeida, mi mujer, mi compañera... ¿No sabías había casado?
ELENA.—No.
LENIN.—La vida nos llevó por distinto camino.
ELENA.—Te esperé mucho tiempo. Al cabo... me cansé de
LENIN.—¿Y también te casaste?
ELENA.—Sí.
LENIN.—¿Vive tu marido?
ELENA.—No.
LENIN.—¿Acaso, ese luto?...
ELENA.—De mi hijo. Mi marido murió a los dos años de monio, casi al mismo tiempo que mi padre. Mi hijo, n hijo, mi sostén, mi amparo, mi esperanza, toda mi ha muerto víctima de la Revolución. ¡De tu Revoluci
LENIN.—¡Tu hijo!
ELENA.—¡Sí! ¡Murió asesinado por los tuyos en el asalto lacio de Invierno!
LENIN.—¿Entonces?...
ELENA.—Pertenecía al Regimiento de Cadetes.
LENIN.—Está visto. Sin querer, siempre he de parar en daño.
ELENA.—¡Siempre!
LENIN.—¿Me odias por ello?
ELENA.—No. Tú no lo sabías...
LENIN.—Ahora no dices la verdad, Elena. ¡Me odias!
ELENA.—¡Te odiaba! ¡Ya no te odio!
LENIN.—¡Elena! (*Estrechando sus manos.*)

A.—¡Volodia! (*Apartándose.*) Y ese es mi mal. Desde que he comprobado que eres tú, ya no te odio. Antes, sí. ¡Con toda mi alma! ¡Con todos mis sentidos! ¡Con odio de madre ante el hijo muerto, que es el peor modo de odiar. Pero ya lo he dicho: te odiaba. No tengo fuerzas para seguir odiándote. Me ha bastado verte...

N.—¿No sabías que Lenin era yo?

A.—No lo sabía. Lo sospechaba. La duda era para mí un tormento insuperable.

N.—Entonces, ¿has venido a comprobarlo?

A.—No. No vine a eso. Vine a otra cosa, a algo peor, a algo terrible... Vine... ¡a matarte!

N.—Me lo imaginaba.

A.—¡Guárdate, Volodia!... Estás rodeado de enemigos! Entre los que te son más afectos te acecha la traición.

N.—Mi vida no me ha pertenecido nunca.

S.—(*Dentro a tiempo que golpea la puerta.*) ¡Wladimiro!... ¡Abre!... ¡Abre!...

(*Elena y Lenin quedan mudos mirándose.*)

N.—(*A Krupskaia.*) ¡Espera!

A.—Es ella quien llama. Acaso lo han descubierto todo. ¡No dejes que me prendan! ¡Sálvame!

S.—(*Como antes.*) ¡Wladimiro!... ¡Wladimiro!

N.—(*A Krupskaia mientras acompaña a Elena hasta la puerta de la derecha.*) ¡Voy en seguida! (*A Elena abriendo la puerta y mirando hacia donde supone estar el Soldado.*) No temas. Nadie te molestará. (*Se estrechan nuevamente las manos con emoción. Mutis Elena. Lenin cruza la escena y abre la puerta a Krupskaia.*)

ESCENA ULTIMA

LENIN; KRUPSKAIA

N.—(*Abriendo.*) ¿Qué sucede?

S.—Ocurre algo anormal. Se prepara algo contra ti. Los teléfonos no funcionan. Los timbres tampoco. Han cortado los cables hace unos minutos. Mientras estabas con esa mujer. Hay que dar orden de que la detengan.

N.—¡Eso, no!

S.—¿Sabes a lo que vino?

N.—Sé que ya no es mi enemiga.

S.—Pero lo ha sido.

N.—Tampoco.

S.—¿Entonces?

N.—Es una pobre mujer que no ha merecido el daño que le han hecho. Por justa que sea una causa, siempre ocasiona víctimas inocentes. Es la lucha. No se puede escoger. Y... todo ha pasado ya. No te conozco. Tú, tan serena, tan valerosa siempre... No me va a ocurrir nada.

S.—¡Quién sabe! Pueden llegar hasta ti con demasiada facilidad.

N.—¿Quieres que haga como los zares?

S.—No; eso tampoco.

N.—¿Y, pues?... Ahora más que nunca hay que ser arriesgados. ¿Qué significa nuestra vida? Pero no te avergüences

de ti. ¿Quién no tiene un momento de debilidad? ¡Ea! nes sueño?

KRUPS.—No.

LENIN.—¿Quieres ayudarme?

KRUPS.—Sí.

LENIN.—Voy a dictarte una orden para la formación del Ej Rojo. Escribe: (*Dictando.*) «Camarada Urizki: Disuelta Constituyentes, será inmediata una guerra civil. Los bl vienen contra nosotros.» (*Se detiene, queda pensativo y rando fijamente a Krupskaia, pregunta.*) Contesta frían Nadeida. Si yo muriese, ¿qué harías tú? ¿Serías bastante te para hacer de mi muerte un motivo para la propa de nuestra idea?

KRUPS.—(*Sin vacilar y en plena comunicación espiritual co nin.*) ¡Lo sería! (*Pausa casi imperceptible; luego con luta naturalidad.*) ¿Continuamos?...

LENIN.—(*Prosiguiendo su dictado.*) «Tenemos soldados per faltan oficiales. No importa. Se reclutarán de grado fuerza entre los que pertenecieron a los ejércitos del Z sus espaldas estará la Cheka...

(*Mientras va dictando cae lentamente el*)

TELON

CUADRO SEXTO

ior lóbrego, sombrío de la sala de audiencias de la Cheka, s y desconchadas las paredes; muebles misérrimos. En el), una puertecita a un corredor oscuro. Y, muy alta, una pe- a reja de gruesos barrotes que deja pasar la luz lívida, triste 1 deslunado, de forma que un lado de la escena quede casi a as, mientras en el otro, que es donde se sitúa Dzierzynski, se concentra la poca luz que anima la acción.

nveniente que el decorado y su iluminación den sensación de un aguafuerte.

mesa con un tintero de oficina, un gong y un mazo de pa- . Un sillón de brazos, un banco adosado a la pared y un banquillo pequeño para el acusado.

ESCENA PRIMERA

vantarse el telón nadie en escena. A poco LENIN *y* UN CHEQUISTA.

UISTA.—(*Cediendo el paso.*) Esta es la sala de audiencia de a Cheka.
N.—¿Hay algún juicio para hoy?
UISTA.—Lo hay todos los días a esta misma hora.
N.—Haga sonar un timbre.
UISTA.—No se instalaron todavía. Utilizamos este gong, que ué encontrado en un desván.
N.—Pregunta quién va a ser juzgado.
(*El Chequista hace sonar el gong.*)

ESCENA SEGUNDA

Dichos: SOLDADO; *después,* DZIERZINSKI

UISTA.—(*Al Soldado que se detiene en la puerta del foro.*) ¿Estás tú de guardia?
ADO.—Sí, camarada.
UISTA.—¿Sabes quién va a ser traído a interrogatorio?
ADO.—Un letón que ingresó en el partido para ejercer el es- pionaje contra nuestra causa. Hace quince días cortó los hilos elefónicos y los timbres del despacho de Lenin, sin que haya podido averiguarse lo que se proponía.
N.—Dime, ¿es la primera vez que se interroga al detenido?
ADO.—Se le ha interrogado varias veces.
N.—¿Con qué resultado?
ADO.—Sin resultado alguno.
N.—¿Quién lleva el asunto?
ADO.—El camarada Dzierzynski, personalmente.

LENIN.—¡El camarada Dzierzynski!... Está bien. Puedes retira
DZIER.—(*Que momentos antes había aparecido en la puert foro, oculto en la obscuridad del corredor, escuchand ser visto, las últimas frases.*) ¡Wladimiro!
LENIN.—¡Dzierzynski! He aquí la visita que te prometí.
DZIER.—Bienvenido. Y oportunamente.
LENIN.—Acabo de enterarme.
DZIER.—(*Al Soldado.*) Ten prevenido al detenido Markowski.
SOLDADO.—¿Le paso aquí?
DZIER.—Cuando yo te avise.
SOLDADO.—Está bien. A la orden, camarada Lenin. (*Saluda va por el foro.*)

ESCENA III

LENIN, DZIERZYNSKI *y* CHEQUISTA

DZIER.—(*A Lenin.*) No he querido ceder a nadie este asunt vida es preciosa y hay que estar siempre alerta.
LENIN.—Te lo agradezco; pero no creo que el hecho tenga l portancia que le concedes.
DZIER.—La tiene, indudablemente.
LENIN.—¿Estás convencido de que fué él quien cortó los hil mis timbres y de mi teléfono?
DZIER.—Completamente convencido.
LENIN.—¿Y qué más esperas de él?
DZIER.—Que denuncie a sus cómplices.
LENIN.—(*Rápido.*) No los tiene
DZIER.—¿Cómo lo sabes?
LENIN.—Un hecho suelto, como el ocurrido, no puede estar c minado por una organización. No es más que la hazañ poco infantil de un loco.
DZIER.—¿Te interesa que el acusado no tenga cómplices?
LENIN.—¿Por qué lo supones?
DZIER.—Porque cuando en su día se te pidió información para rar el asunto te negaste a facilitarla.
LENIN.—Conoces perfectamente mi deseo de que ningún act represión pueda tener aspecto de venganza personal. daño hecho a los demás y a Rusia el que me duele, mío propio.
DZIER.—Por eso mismo he de sentirme yo más responsable que te suceda. Déjame obrar, Wladimiro; déjame obrar.
LENIN.—Haz lo que gustes.
DZIER.—¿Vas a presenciar el interrogatorio?
LENIN.—He venido, cumpliendo tu deseo, para dedicar a la in ción del edificio el poco tiempo de que dispongo.
DZIER.—Comprobarás cuanto te dije. Desde que comenzó la sistencia pasiva de los funcionarios y de la pequeña bu sía, y se puso en marcha la contrarrevolución, los calab son insuficientes.
LENIN.—Es cosa difícil de resolver, por ahora. La ciudad se ha nado de gentes que acosadas por el pánico que les prod los incendios de granjas y castillos, huyen del campo, t sabes, y no queda local alguno disponible.
DZIER.—¿Te acompaño?
LENIN.—No es necesario. Comienza el juicio...

R.—(*Hace sonar el gong. Se sienta ante la mesa y abre una carpeta de la que saca unos papeles. Se presenta el SOLDADO.*) Pasa al detenido. (*Mutis Soldado.*)
N.—¿Dictarás hoy mismo la sentencia?
R.—Estamos en el último período de la táctica. Después de tratarle con alguna dureza, vuelvo a la suavidad. La suavidad es casi siempre, en estas circunstancias, un estimulante.
QUISTA.—(*A Lenin.*) Sin duda esta noche, con el anuncio del interrogatorio, no habrá dormido y al amanecer habrá presenciado algún fusilamiento.
R.—¿Qué piensas, camarada?... ¿Es desagradable mi oficio?
N.—Cualquiera que sea nuestra misión debemos cumplirla inexorablemente. ¿Se ejerce la represión por gusto nuestro? Lo peor de todo es pensar que esto es necesario, que han hecho imposible prescindir del terror. Estaré de vuelta en seguida. No interrumpas el acto cuando regrese. (*Al Chekista.*) No; iré solo. (*Mutis.*)

ESCENA IV

DZIERZYNSKI, CHEKISTA; *y* SOLDADO *acompañando a* VASIA MARKOVSKI

ADO.—(*A Markovski, que, al entrar por el foro, vacila y se detiene.*) Sigue, sigue. No te detengas.
R.—Pasa, pasa. Ya veo que mis soldados han obedecido y que no te violentan de ninguna forma. Vamos, pasa. Siéntate... (*Se queda mirándole un instante.*) No tienes buen aspecto. Ya he dado orden de que te dejen salir al patio alguna vez a respirar el aire libre. ¿Habrán comenzado esta mañana, no es así?... ¿No contestas?... ¿Acaso has salido esta mañana?
A.—Hubiera sido mejor que no me hubieran sacado de la celda.
R.—¿Por qué, camarada? ¿No te gusta el sol?
A.—Prefiero no contestar.
R.—Harás mal. Estoy animado de la mejor voluntad para contigo. ¿Qué ha ocurrido esta mañana? Te aseguro que lo ignoro, camarada.
A.—No hacía sol, y la poca luz que había sirvió para que presenciase cómo sus soldados asesinaban a un desdichado.
R.—¿Qué es lo que dices? Vamos, cálmate. Sin duda estás un poco excitado. Comprende que ha sido un error. Mis órdenes para contigo no han sido bien interpretadas. Mi intención fué buena. ¿Quieres un cigarrillo? Tómalo. Te gustará. Es inglés. ¿No fuma?
A.—¡No!
R.—Comprendo tu nerviosidad y no insisto. Es cierto que se te ha molestado alguna vez, pero siempre, créeme, fué involuntariamente. Tú comprenderás. Son muchos los detenidos. No puedo yo vigilar directamente a mis subordinados, que, a veces, abusan de su cargo. Yo quisiera que se tratase a todos con la mayor consideración.
A.—¿Para fusilarles después?
R.—¡Oh!... No siempre. Las más de las veces, para ponerles en libertad. No es culpa nuestra vernos obligados a suprimir al enemigo. Hemos de defender a toda costa la revolución, el

derecho del pueblo frente a la minoría que le oprimió h
ahora. Pero tu caso es distinto. Has de saber que se ha
resado por ti una personalidad de las más influyentes.

VASIA.—No es posible. No conozco a nadie.

DZIER.—Ha sido el propio Lenin.

VASIA.—(*Asombrado.*) ¿El propio Lenin?

DZIER.—Sí. No te extrañe. El propio Lenin, cuyo asesinato te
vosotros proyectado. Quiere que te ponga en libertad in
diatamente. Considera que no eres culpable, puesto qu
no obraste por tu cuenta. ¿Un cigarrillo ahora?

VASIA.—(*Aceptándolo.*) Muchas gracias.

DZIER.—(*Enciende una cerilla y da fuego a Markowski.*) ¡Brav
Veo que nos vamos a entender. ¿Ves cómo nuestra volu
es buena?... (*Suena el timbre del teléfono. Dzierzynski t
el auricular.*) Al aparato. Sí, Dzierzynski. (*A Markowski*
camarada Lenin pregunta desde su despacho qué ha
de ti. (*Como si hablase por teléfono.*) Precisamente, en
instante le estoy interrogando. Quizá le ponga en libe
hoy mismo. Sólo falta llenar un requisito. Sí, ese, justam
Desde luego, camarada Lenin. Toda la rapidez posible. (C
ga el auricular.) Decididamente eres hombre de suerte.
tinúas pálido. ¿No has comido bien?

VASIA.—Era tan repugnante lo que me dieron, que apena
probé.

DZIER.—(*Hace sonar el gong. Al SOLDADO que se presenta.*) T
le un té.

SOLDADO.—Está bien.

(*Va a traerlo. Lo deja sobre la mesa y se va sin co
la conversación.*)

DZIER.—(*A Markowski.*) Ya ves. Estaba preparado. No te quej

VASIA.—Ahora, no.

DZIER.—Antes no fué culpa nuestra. Come, come. Sin cumpl
Y sin recelo. No tienes nada que temer. Todo esto es bu
Míralo. (*Pone en la taza té y leche, moja un bizcocho
come.*) ¡Riquísimo!... Vamos, ¿te decides? Haces bien. (
kowski come con avidez.) Veo que tienes apetito. Y para
perder tiempo, ya que a ti te interesará quedar libre lo a
posible, puedes comer y atenderme a la vez. Veamos. D
la fórmula para ponerte en libertad. Tú puedes hacerlo.
mira fijamente antes de preguntar. Aparece Lenin.) ¿Q
era el encargado de dar muerte a Lenin?

LENIN.—(*En voz baja al Chequista.*) ¿Confesará?

CHEQUISTA.—No, no lo creo. Es posible que antes se deje matar

VASIA.—(*A Dzierzynski.*) No lo sé.

DZIER.—Sí lo sabes. Me consta. No bajes la cabeza. Mírame a
cara. Me consta que lo sabes. ¿Por qué no lo dices?

VASIA.—Porque no puedo.

DZIER.—¿Qué es lo que te lo impide?

VASIA.—He jurado callar.

DZIER.—Piénsalo bien. Es la libertad... Otra vez en tu casa
lado de tu madre, que tanto te quiere y a la que tú ad
recibiendo sus besos, escuchando su risa al tenerte de nu
entre sus brazos.

VASIA.—Si yo hablase, ellos, los que usted quiere descubrir,
matarían.

ER.—Podrías ingresar en el Servicio de la Cheka. Te garantizaremos tu seguridad personal.
IA.—De todas formas; yo no soy un delator.
ER.—Es la libertad, te repito... Lo contrario, ¿sabes lo que es?... De nuevo al calabozo y tal vez la muerte.
IA.—(*Levantándose airado.*) Entonces, el cigarrillo, el té, ¿eran para que yo hablase?... ¡Ea! Haga de mí lo que quiera! ¡No hablaré! ¿Se ríe usted? (*Cada vez más exaltado.*) ¡No, no hablaré!... ¡No hablaré!... ¡No hablaré!... ¡No! ¡¡No!! ¡¡¡No!!!
ER.—(*Después de una pausa.*) Hablará. Tengo otro argumento. Mi último argumento. (*Se levanta y le indica que le siga por la izquierda.*)
IN.—(*A Dzierzynski.*) Permíteme, camarada. (*A Markowski.*) ¿Cuál es tu profesión?
IA.—Soldado.
IN.—¿Soldado rojo?
IA.—Sí.
IN.—¿Por convicción?
ER.—No.
IN.—Contesta tú: ¿Es cierto lo que dice el camarada Dzierzynski?... ¿No contestas?... ¿Ingresaste en las filas rojas para traicionarnos?
IA.—En la lucha no se repara en los medios, sino en su eficacia.
IN.—¿Qué profesión tenías antes de la Revolución?
IA.—Oficial del Ejército.
IN.—¿En el frente?
IA.—Solamente al principio de la guerra.
IN.—¿Y después?
IA.—De guarnición en Petrogrado.
IN.—Un oficial del Ejército debe fidelidad al Gobierno.
IA.—Exactamente. Mi Gobierno...
IN.—El Gobierno legítimo de Rusia es el Consejo de los Comisarios del Pueblo. ¿Por qué estás contra él?
IA.—Amaba todo lo que habéis destruído.
IN.—Pero ¿amas a Rusia?
IA.—Sí.
IN.—¿Más que a tu propia vida?
IA.—¡Más que a mí mismo!
ER.—¿Cuántos hombres componen Rusia?
IA.—Ciento sesenta millones de hombres.
IN.—Ciento sesenta millones de hambrientos. Apenas medio millón de privilegiados sin escrúpulos. Unos u otros son Rusia puesto que están combatiendo como enemigos. ¿De qué parte puede ponerse un hombre honrado?
ER.—¿Has visto a los soldados que regresan del frente?
IN.—Es un ejército de moribundos. Cuando hayas visto sus harapos, sus pies sangrantes, sus carnes torturadas, su pecho extenuado míralos a los ojos febriles y pregunta: «¿Sois vosotros Rusia?». Ve a los barrios obreros, entra en los hogares sin fuego y sin pan, y pregunta a las hembras depauperadas y a sus hijos famélicos: «¡Sois vosotros Rusia?). Y ve luego a las estepas y a los desiertos sin agua y sin trigo, asómate a las isbas, y pregunta a la humanidad envilecida y desventurada que en ellas encuentres: «¿Sois vosotros Rusia?». Y si tienen aliento para contestar, si de su pecho puede todavía

salir un hilo de voz, te dirán: «Sí, nosotros somos Rusia, estamos pereciendo. Rusia, camarada, no está en los pa cios. (*A Dzierzynski.*) Déjale en libertad. (*A Vasia.*) Si a tienes valor ponte de nuevo contra Rusia que tiene la inco cebible osadía de seguir viviendo.

VASIA.—¡En libertad! ¿De veras vais a ponerme en libertad?

DZIER.—Ya lo has oído.

VASIA.—(*Intentando arrodillarse ante Lenin.*) ¡Gracias! ¡Gracia

LENIN.—Levanta. Un hombre digno de serlo no dobla jamás rodilla.

VASIA.—¡Gracias, señor!

LENIN.—Nada de señor. Eso era antes. Cuando había servidor Ahora, somos todos camaradas.

VASIA.—Pues, gracias, camarada.

DZIER.—(*A Soldado.*) Llévale.

LENIN.—Una pregunta antes. (*A Vasia.*) ¿Estás dispuesto a ser a Rusia?

VASIA.—Debo estarlo.

LENIN.—(*A Dzierzynski.*) En el Ejército Rojo faltan oficiales. Q le pongan al frente de un grupo de voluntarios y que le e víen a un puesto de peligro. Nada más.

SOLDADO.—(*A Vasia.*) ¿Vamos?

VASIA.—Vamos.

(*Mutis los dos.*)

DZIER.—Ese bien que acabas de hacer acaso te lo paguen ell destruyéndote. ¿Quieres algo de mí?

LENIN.—Ya no. Me marcho.

DZIER.—(*Por el Chekista.*) Que te acompañe este camarada.

LENIN.—No olvides que mañana se reune el Consejo de los C misarios del Pueblo. Hasta mañana.

DZIER.—Hasta mañana.

(*Mutis Lenin y Chekista por el foro.*)

ESCENA V

DZIERZYNSKI; *después* UN SOLDADO

DZIER.—(*Adelanta hasta la mesa, cierra la carpeta del proce Markowski y hace sonar el gong. Al Soldado que acaba entrar.*) Toma estos papeles. Que se archiven con los resta tes del proceso. En cuanto al detenido, apenas quede visac su documentación, que se le envíe a Tobolsk como instruct de voluntarios, en libertad pero cuidadosamente vigilado. cumple su deber, que se le respete en el cargo; si se sosp cha la menor deslealtad de su parte, el Soviet local se en cargará de juzgarle de nuevo, teniendo en cuenta sus ant cedentes y actuando con el máximo rigor.

SOLDADO.—¿Has oído?

DZIER.—¿Qué?

SOLDADO.—Unos disparos. ¿Hay algo a esta hora?

DZIER.—No. ¡Pronto! Ve a ver qué ocurre y vuelve en seguid (*Al teléfono.*) ¡Con el cuerpo de guardia!... ¿Qué han sid esos tiros?... ¡Cómo!... ¡¡Han disparado sobre Lenin!!... ¿I han herido?... ¿No lo sabe?... ¡Oiga, oiga!... ¡No se retire!. ¡No se retire!...

(*Como nadie le atiende cuelga el auricular y golpea ne viosamente el gong, hasta que se presenta el Chequista*

ESCENA VI

DZIERZYNSKI; CHEKISTA

...ta.—Parece que han herido a uno de los camaradas que ...eraban para acompañar a Lenin.
...—Pero, ¿y a Lenin?
...ta.—No sé. El automóvil a que subió partió a gran veloci... Pero, ¿qué es eso?... ¿Tienes miedo?
...—¿Miedo yo?... ¡No sé lo que es miedo. Toma un coche y ...rápidamente al Instituto Smolny.
...ta.—¿Y una vez allí?
...—Te informas de lo ocurrido y me lo comunicas por telé...o.
...ta.—Está bien. (*Mutis.*)
...—¿Por qué habrá venido hoy aquí?... Pero, ¿qué es esto?... ...emblo?... Por eso me ha preguntado ése si tengo miedo. ...iedo, sí! ¡Pero miedo por él! ¡Miedo por su vida!... ¿Ha... todavía quien ignore lo que Lenin significa para la Re...cción?...

(*Se aproxima al gong y comienza de nuevo a llamar ner...viosamente como antes. Cae lentamente el*)

TELON

CUADRO SÉPTIMO

El mismo decorado del Cuadro Quinto. La acción transc primera hora de la tarde y por el ventanal del foro entr luz radiante.

ESCENA PRIMERA

LENIN *y* TROTZKY

LENIN.—No cambiaría este día por ningún otro.
TROTZKY.—Sí; es un día grande y un día triste.
LENIN.—¿Triste, por qué? Ser derrotado no es un deshon deshonor es mantener la guerra. Además, hay que co que esta derrota equivale a una gran victoria. Hemos s lo único que merecía salvarse.
TROTZKY.—¿La República Socialista?
LENIN.—La República Socialista. No había más remedio que tar las condiciones ofrecidas por los alemanes.
TROTZKY.—¡Duras condiciones!
LENIN.—Pero no tanto como ellos creen.
TROTZKY.—Ocuparán Finlandia, Estonia, Ukrania y Lituani han de quedar separadas de Rusia para siempre, y una faja de territorio ruso desde Finlandia hasta el Don.
LENIN.—Ellos hubieran querido aniquilar nuestro gobierno.
KY.—Llegarán a Pskov, a las puertas de Petrogrado y serán una amenaza constante para nosotros.
LENIN.—No les interesa Petrogrado como ciudad estratégica la guerra. A nosotros tampoco nos interesa. Ante todo queremos es salvar la revolución.
TROTZKY.—¿Y ese es el camino?
LENIN.—Sí. Tanto más cuanto el campesino ha votado por l
TROTZKY.—¿Ha votado?
LENIN.—¿No es el campesino quien hace la guerra?
TROTZKY.—Sí.
LENIN.—Pues ha votado con las piernas abandonando el f Por otra parte el Consejo de los Comisarios del Pueblo poco está bien en Petrogrado. No nos podemos dejar La muerte con honor no significa nada. Además, ya puede gobernar Rusia desde el Neva.
TROTZKY.—¿Y qué vamos a hacer?
LENIN.—Trasladar el Gobierno a Moscou para llegar al fin nuestra obra.
TROTZKY.—¿A Moscou?
LENIN.—Sí. Al Kremlin. A las viejas leyendas de la antigua se unirá la nueva leyenda: de la Rusia roja.
TROTZKY.—(*Lamentándose.*) ¿Qué se ha hecho nuestra pr de paz sin anexiones?
LENIN.—No vamos a ser como la gallina, que no se atre salir de un círculo trazado con yeso. Y menos cuan círculo lo hemos trazado nosotros mismos. Ahí vien deida.
TROTZKY.—¿Sabe todo esto?
LENIN.—No le oculto nada.

ESCENA II

Dichos: KRUPSKAIA

SKAIA.—Buenas tardes, León.
KY.—Buenas tardes, Nadeida.
SKAIA.—Hace un sol hermoso y he salido a dar una vuelta.
KY.—El tiempo es frío.
SKAIA.—Frío, pero despejado. El calor relaja. (*A Lenin.*) ¿Le as comunicado tu proyecto?
KY.—Ahora me hablaba de él.
.—Mañana pienso someterlo al Comité Central del Partido.
SKAIA.—Lo aprobará.
.—No lo dudo.
KY.—Wladimiro es el cerebro de la revolución. Hace unos ías temblé al saber que había estado en peligro.
.—No tuvo importancia.
SKAIA.—Conspiran contra ti. Han disparado para matarte.
.—¡Bah!...
SKAIA.—Sabes que un día te matarán.
KY.—Es nuestro destino. Recordad a los héroes de la revoución francesa: Robespierre, Dantón, Desmoulins, Marat, toos fueron víctimas de su revolución.
.—Pero nosotros necesitamos vivir más. Ellos no tuvieron empo para nada. No nos matarán así como así. De todos odos, no amo la vida.
SKAIA.—Es necesario amor poco la vida para ponerla en rieso tan constantemente como tú la pones.
.—Amar poco la vida o amar sin límites una idea. Lo que ambién habéis hecho vosotros, lo que han hecho todos los iembros del partido, hasta los más insignificantes. Y acaso on más valor que nosotros. Ser héroes a la vista del mundo o es tan difícil como serlo calladamente, en la oscuridad, n que nadie lo sepa, como lo han sido muchos de los que an acabado su vida en las cárceles del Zar, y todos los que an muerto en las calles y en los campos sin la esperanza e que see escuche su nombre como una palabra de redenión. Ellos amaron tanto como nosotros, y acaso más.
KY.—¿Cuándo piensas que nos traslademos a Moscou?
.—Pronto. A ser posible, en los primeros días del próximo ies.

(*Trotzky se levanta.*)

SKAIA.—¿Te vas, León?
KY.—Quería solamente acompañar a Lenin hasta la puerta estoy aquí cerca de una hora.
SKAIA.—¿Cuándo marchas a Brest-Litowski para firmar la az?
KY.—Esta vez no voy yo. Va una delegación presidida por okolnikow que hará constar que los rusos ceden únicamente nte la fuerza bruta de Alemania. Salud, Wladimiro.
.—Salud.
KY.—Salud, Nadeida. Tu marido, después de haber sido el erebro de la revolución tiene hoy un nuevo título.
SKAIA.—¿Un nuevo título?
KY.—Sí; es el hombre de la paz.

(*Se estrechan las manos. Trotzky hace mutis por la derecha.*)

ESCENA III

KRUPSKAIA *y* LENIN

(LENIN *se dirige hacia su mesa de trabajo y una ve*
ella, queda pensativo.)

KRUPSKAIA.—(*Cruzando la escena para hacer mutis por la* *quierda.*) ¿Quieres algo de mí?

LENIN.—No, no quiero nada. (*Krupskaia se dirige de nuevo h* *la izquierda.*) Espera. Quisiera hablar contigo.

KRUPSKAIA.—¿Quieres hablar conmigo?

LENIN.—¿Te extraña? ¿No hablamos a diario de todo cuanto rre en torno nuestro?

KRUPSKAIA.—Porque estamos en constante comunicación es lo que me extraña tu anuncio de que quieres hablarme

LENIN.—Hace varios días que quiero comunicarme contigo de forma. Hablar de cosas mías exclusivamente. Es muy po que tú me sobrevivas; no muy posible: seguro. Despué mi muerte se hablará de mí, se interpretará mi vida c chosamente; quizá se me calumnie. Si un día te dicen: « un hombre cruel, fué sanguinario, no supo decir nunca ta», no se te ocurra contestar: «No es cierto», sino tod contrario. Pero añade: «No tuvo más remedio que serlo». aquí mis palabras: En una batalla ¿cuál es el general puede fijar el número de muertos que es necesario, ni más ni uno menos?

KRUPS.—Tu vida es eso: una batalla.

LENIN.—Predico la paz, me debato por la paz, y me veo oblig a una batalla sin tregua. El enemigo brota de la tierra, s cre vencido, aniquilado y surge donde menos se piensa. ¡ más hubiera deseado yo! ¡Que se hubieran sometido, que bieran renunciado a tener esclavo!... A veces, aunque te que ser duro, implacable, lleno de impiedad para con nue enemigo, necesito sincerarme ante mí mismo y me sin ante ti, que sabes escucharme y omprenderme, porque sie mi mismo anhelo y tienes valor para sacrificarte y serías paz de sacrificarme por el triunfo de nuestra idea. La toria del proletariado debe ser definitiva e inconmovible.

ESCENA IV

Dichos; CHEKISTA *y* SOLDADO

SOLDADO.—Ha llegado un chekista enviado por Dzierzynski.

LENIN.—Que pase. (*Krupskaia hace ademán de retirarse.*) No vayas. (*Al Chekista.*) Adelante, camarada. ¿Qué deseas?

CHEKISTA.—El camarada Dzierzynski ha querido darte a con unas sentencias.

LENIN.—¿Unas sentencias? ¿Qué tienen de extraordinario para Dzierzynski me las comunique?

CHEKISTA.—Dzierzynski cuida tu vida más que la suya propia.

LENIN.—¿Se trata, pues?

CHEKISTA.—De los que atentaron contra ti hace unos días al de la Cheka. ¿No te satisface?

—Me satisface siempre la justicia, pero en el cumplimiento la justicia no encuentro diferencias.
TA.—¿No les odias?
—Como ciudadano de la Rusia nueva, sí. Como Wladimiro ich Llianow lo había olvidado ya. Es la lucha. Yo disparo ıtra ellos y ellos disparan contra mí. Dame a ver. (*Le- ıdo.*) «Morawski, Turadin, Yergulow, y una, dos, tres mu- es. Rezimowa, Rezimowa... ¿Dónde he oído este nombre?... ɔ recuerdas tú, Nadeida?
—¿Rezimowa? Nunca te lo he oído nombrar.
—Es una costumbre estúpida esta de que las mujeres to- n en Rusia el nombre del marido. (*Al Chekista.*) ¿No tienes os datos?
TA.—No.
—¿Cuándo se les ejecutará?
TA.—Es posible que cuando yo regrese hayan sido ya eje- ;ados. ¿Tienes algún reparo que oponer?
—La administración de justicia no puede estar en mejores nos. Toma. (*Entrega el pliego al Chekista.*)
TA.—A la orden, camarada. (*Mutis derecha. Al salir deja puerta entornada. Se oye a piano la Apassionata* de Bee- ɔven.)

ESCENA V

KRUPSKAIA *y* LENIN

—(*Reflexionando.*) Rezimowa..., Rezimowa... Diría que he ıo este nombre alguna vez... ¿Quién toca el piano?
—Un músico que dice que no tiene otro modo de servir proletariado. ¿Te molesta?
—Al contrario; me agrada. Abre la puerta para que se oiga ejor. (*Sobre la música.*) De todos los placeres del burgués, mejor, indudablemente, era la música. ¡Y qué hermosa ısica ésta!
—¿La «Apassionata»?
—¡La «Apassionata!»
—Es sorprendente, sobrehumana.
—Oyéndola se ama al mundo y a los hombres. (*Mirando amente a Krupskaia.*) ¿Crees que solamente el odio anida mi pecho? ¿Me crees incapaz del amor? ¿De la ternura? ı supieras cuando arranco a alguien de la muerte el placer e inunda mi alma!... ¡Si supieras cómo me duele cada la que se apaga!... Pero tú sabes que mi odio no es otra sa que amor, amor a todos los esclavos, a todos los mise- ɔles y que es por amor a ellos por lo que he enviado a ros a la muerte. ¡Cuando muere un ave de rapiña no pien- en su muerte, sino en las vidas inocentes que con su ıerte he salvado! ¡Ese es mi odio! ¡Ese es el odio de nin!... ¡De Lenin, el sanguinario!... ¡De Lenin, el tirano! e Lenin, el implacable! ¡De Lenin, el hombre que se ha ndenado a la esclavitud del odio por amor y sólo por amor!... ausa.) Pero, ¡basta! (*Colocándose frente a la puerta de la recha.*) ¡Basta! ¡Que no toque más! (*Cesa el piano. A upskaia.*) No puedo oír música. Hace desaparecer mi ener- , mi dureza; me inclina a acariciar, cuando lo necesario

es golpear, golpear sin piedad, aun cuando nuestro afá todo lo contrario. (*Pausa muy breve.*) Tengo no sé qu traña inquietud, no sé qué vago presentimiento que nc do concretar. ¡Sí! ¡Ya sé lo que es! ¡Ya sé quién es l zimowa! ¡Es ella!

KRUPS.—¿Ella, quién?

LENIN.—(*Dejando incontestada la pregunta acude al apara lefónico.*) ¡Pronto! ¡Con el Presidente de la Cheka! Ulianov! (*A Krupskaia.*) Tú no puedes estar celosa. Só me has comprendido plenamente y sólo a ti he queri ella la quise de muchacho. No es más que un recuerdo no. Pero, fatalmente, sin proponérmelo, soy causa de su (*Al aparato.*) ¡Dzierzynski! ¡Que acuda al aparato e guida! ¡Que lo deje todo y que me atienda!... ¡Cama ¡Dime el nombre y apellidos de la Rezimowa! ¿Cómo? ¡ Ostapof! ¿Que acaba de ser ejecutada?... ¡No! ¡Nada (*Cuelga el auricular. Durante su conferencia telefónic comenzado a oírse el rumor de una manifestación q aproxima. A Krupskaia, con tristeza pero sin abatimi* ¡Ha muerto ya! ¡Y he sido yo quien la he matado!... ocurre en la calle?

KRUPS.—(*Después de mirar por el ventanal.*) Es una mani ción de soldados y de campesinos. (*El rumor se aproxin oye casi en escena.*) Ya están en la antesala.

LENIN.—Que pasen.

ESCENA FINAL

(KRUPSKAIA *abre la puerta de la derecha de par en Entran en tumulto* SOLDADOS *y* CAMPESINOS. *Unos y llevan la miseria en sus rostros y en sus harapos.*)

UN SOLDADO.—Hemos venido a verte.

OTRO.—Solamente a verte.

OTRO.—De momento nos basta.

LENIN.—No necesito preguntaros quiénes sois.

UN SOLDADO.—Regresamos del frente.

OTRO.—Estábamos sin municiones y hasta sin armas.

OTRO.—Peleábamos únicamente con nuestros brazos.

OTRO.—Nuestros cuerpos hundidos en el fango de las trinc servían de pasto a las bayonetas enemigas.

OTRO.—Llegamos extenuados.

LENIN.—(*A un Campesino.*) ¿Y vosotros?

UN CAMPESINO.—Somos campesinos.

OTRO.—Hemos pasado toda nuestra vida inclinados sobre la t

OTRO.—Los graneros del amo están repletos de grano.

OTRO.—Y nuestras paneras sin pan.

OTRO.—Tenemos hambre sobre todas las cosas.

LENIN.—¿Y vosotros?

UN CAMPESINO.—¡Hambre!

LENIN.—¿Vosotros también?

OTRO CAMPESINO.—Solamente hambre.

LENIN.—(*A Krupskaia.*) He aquí la única verdad de nuestra (*A los Soldados y a los Campesinos.*) Voy con vosotros, q hablar con todos y con cada uno, quiero ser uno má vuestras filas. (*A Krupskaia.*) No me importa lo que diga

los enemigos del pueblo, lo único que me importa es ser- al pueblo, ser pueblo yo mismo, confundirme con él hasta ldar mi nombre. (*Como lanzando un reto.*) Insultadme, ene- gos del proletariado. ¡Insultadme! No me importa. ¡Vues- insulto es la garantía de que defiendo de verdad a los pojados del mundo. (*A Krupskaia.*) Ven conmigo, Nadeida. nos, vamos.

(Con los brazos abiertos acogiendo a los Soldados y a los Campesinos se dirige hacia la puerta de la derecha.)

TELON

FIN DE «LENIN»